

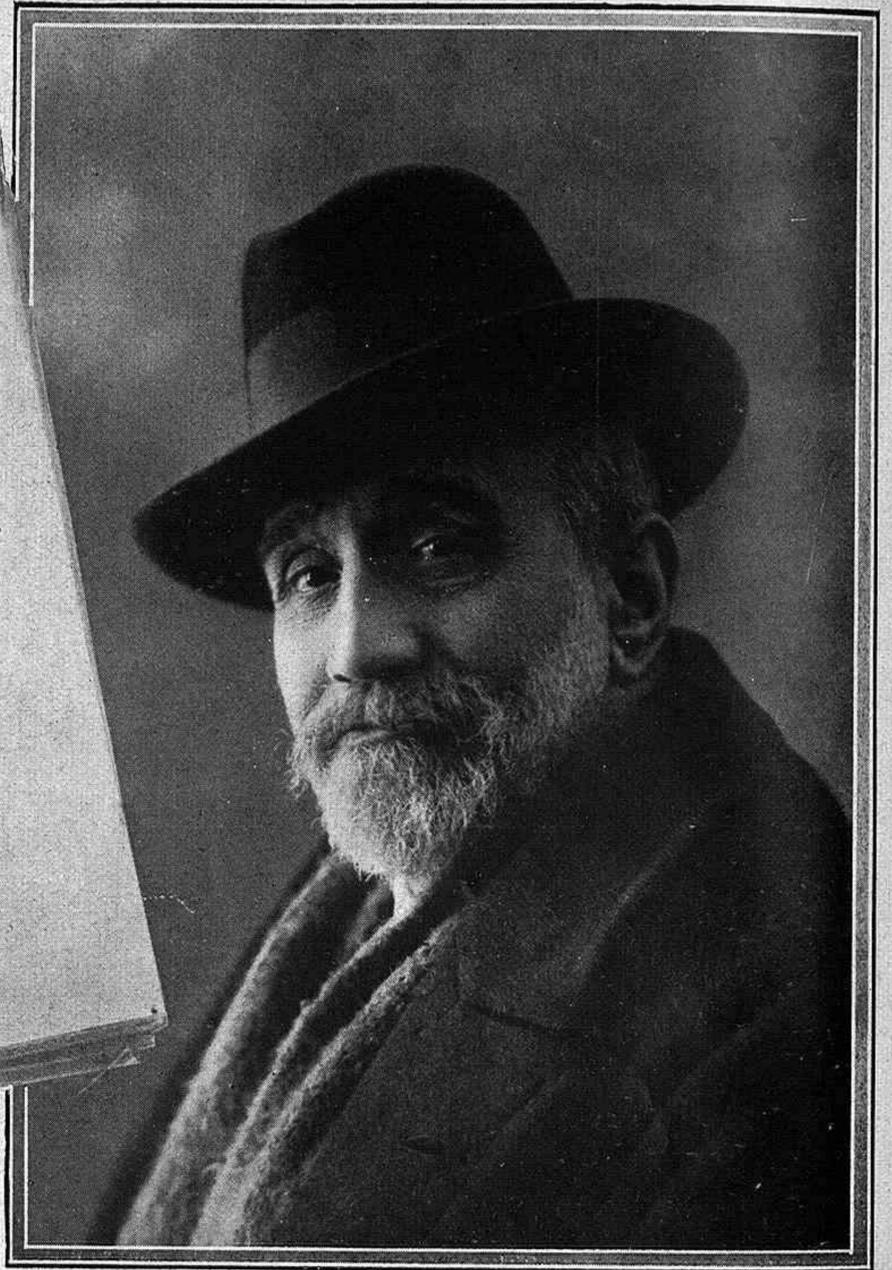


SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XIII

Que pasado mañana lunes celebra su fiesta onomástica, y que con tal motivo verá reiteradas, una vez más, las fervorosas adhesiones y simpatías de la nación entera

(Fot. Franzen)

## CINCUENTA AÑOS DESPUES

SINESIO DELGADO  
Y «MADRID CÓMICO»

HACE algún tiempo, un escritor que quiso caracterizar un momento de la Historia de España en el siglo XIX, le llamó período del *Madrid Cómico*. Fué una frase feliz que pronto convirtieron en tópico los amigos del autor. Siempre han tenido las frases mejor fortuna que las ideas, sin duda porque retumban más en la oquedad de los cráneos como caracolas.

Dándola valor despectivo, la frase es, sin embargo, completamente injusta: para simbolizar un momento histórico es necesario ser algo, y, evidentemente, *Madrid Cómico* lo fué. Vivió en su tiempo y vivió su tiempo, pero no por servil adaptación á un medio ambiente menguado. Ni el medio ambiente era tan inferior como una observación superficial pudiera juzgarlo, y prueba de ello es que aun tenemos por gloriosas personalidades que le vivieron plenamente, ni el periódico, que era fundamentalmente festivo; pero tenía siempre la entraña satírica, se dejaba a rastrar por la corriente. *Castigat ridendo mores* pudo ser su lema, ya que al precepto clásico ajustó su conducta, y, en más de un sentido, fué un periódico de vanguardia en aquella época, en que aun no se había inventado el calificativo

ni los escritores cantaban á todas horas el himno de los exploradores; pero demostraban el movimiento andando y andando, ¡siempre adelante!

*Madrid Cómico* no era la expresión del alma de un pueblo con debilidad mental; era un estímulo que llegaba semanalmente á ese espíritu en lenguaje al alcance de todos: culto sin culturanismo. Aun no habían nacido los superpedagogos que, tomando el rábano por las hojas, creen que el niño debe aprender á leer en la prosa de Ramón Gómez de la Serna, ¡porque es la prosa de su tiempo!

Decía las cosas con sencillez, porque las decía para que fuesen entendidas. Sin duda, sus redactores pensaban, con Carlos Wordmann, que «La idea es mujer. Cuando es bella, no necesita criolinas complicadas. Podría decir, como Yedra:

*Que ces vains ornements, que ces voiles me present.*

Guárdense para los que deban ocultar la nada ó simular lo inexistente.»

De ese modo, pensando además que en el mundo—y más en el mundo español de su época—las almas inquietas por las preocupaciones tras-

cedentales son las menos, infinitamente las menos, y que basta á cada día con su propia preocupación, no alzaban el vuelo en busca del azul que había de ir alejándose ante sus alas, como Castilla se ensanchaba ante el caballo del poeta; se alzaban á ras de tierra, sin cabriolas absurdas, para ir elevando la realidad un poco cada día por instinto, por sentimiento, sin vestir la túnica inconsútil del redentor, ni sentirse revolucionarios porque arbitraran resolviendo arcaísmos y barbarismos en desbordada confusión, como si la forma sublime de su arte seudo hipérestésico fuese la fórmula vieja de las boticas: «Agítese antes de usarlo»

Por el fondo y por la forma se acercaban al público, en lugar de alzar ante él (dueño y señor de los artistas, si el arte ha de teper trascendencia social) los muros, que, aun fingiendo marfil, suelen ser, cuando más, de huesos de burro canino. Tenían por ideal, sin formularle en ambiciosos programas de escuela, la elevación inmediata é inmediatamente posible de la vida cotidiana. Burla burlando, cada día golpeaban un poco con su piqueta sobre los prejuicios y los convencionalismos sociales; y si hoy «las de Gó-

mez», en lugar de recibir los martires y pasear en constante parricidio por el pinar que las hicieron en la calle de Alcalá, son mecanógrafas ó tienen cargos públicos, se lo deben algo al ingenio, sin herederos, de Luis Taboada, que con sus burlas redimió á la mujer de su ancestral esclavitud de harén, que al disimularse tras nombres sonoros ni siquiera conservaba su belleza oriental. Por un presentimiento quizá de cómo se forma el alma nueva de las sociedades, no pedían la reforma de las leyes, laboraban día tras día para transformar las costumbres: labor menos pomposa, pero más eficaz, que, al cabo, las leyes son lo que las costumbres mandan.

Hablaban en verso, sí; pero en verso flúido, fácil, fluente, natural, en ese verso que ahora es pecaminoso para los que creen que la Poesía, sublimada en la lírica, no es expresión del sentimiento, tanto más bella cuanto más haya enriquecido á la imaginación del poeta su sensibilidad engendradora; en el verso que cantó al ingresar en la Academia Española un académico con percepción bastante para descubrir en el hablar corriente del pueblo los ritmos, las cadencias y los acentos de aquella música. Eran más versificadores que poetas tal vez; pero, á lo menos, no se creían amados de las musas, porque copiaban la versificación que Rubén sacó de su propia substancia, forjada en la contemplación intensa, apasionadamente amorosa de la antigüedad clásica ó de las inquietudes proféticas.

No pretendían ser hijos de Mallarmé, ni siquiera nietos de Góngora; estaban más cerca de Villergos que de Quevedo, aunque es fácil, hojeando el diccionario, encontrar voces anticuadas, y ponían su estirpe legítima en Bretón de los Herreros y en Narciso Serra, que habían sujetado á rima y ritmo el lenguaje corriente, porque así, con música, penetraba mejor por los oídos cerrados á más encañadas literaturas. A veces llegaban hasta construir versos que no tenían nada dentro, que eran pura música: lo mismo que muchos versos de ayer y de hoy, tan varios tras de sus galas artificiosas como aquellos que salían á la calle de trapillo.

Así, *Madrid Cómico* logró—¡oh, milagro!—ser leído. Fué el periódico más popular de España, y lo fué por la sola fuerza de su contenido, sin la ayuda de galas editoriales, que no se estilaban aún. Fué una necesidad espiritual de la muchedumbre, y enseñó á dos generaciones, no, claro está, con la enseñanza mecánica del maestro de escuela, con la que engendra para siempre el hábito de la lectura, en una época en que, silencioso Fernández y González, había perdido su prestigio la novela por entregas, y la Prensa, demasiado doctrinaria, no había logrado aún las obras cantadoras de los Figueroa, de Burell, ni de los fundadores de *El Liberal*. *Madrid Cómico* preparó el progreso, hizo posible la literatura periodística ulterior y, naturalmente, la de hoy. Por eso, *Madrid Cómico* fué un periódico de vanguardia, un periódico de vanguardia á la manera de los guerrilleros, que no necesitaron copiar los morriones hirsutos ni las barbas horrendas de los zapadores galos para vencer á Napoleón.

*Madrid Cómico* enseñó también á escribir no sólo á las gentes iletradas, por la virtud del ejemplo, ni sólo por aquella «Correspondencia particular» que era como una continuación de los ejercicios prácticos de Retórica y Poética, sino á los que pretendían pasar por literatos, contra los cuales, si no merecían tal dictado, estaba siempre pronta y ágil la palmeta de *Clarín* con aquellos *Paliques* aleccionadores que tampoco han tenido continuación, y que sólo podrían ser escritos por quien estuviese bien ahito de letras humanas y un poco al tanto de las divinas.

Todo eso fué *Madrid Cómico* que para completar su aserto murió cuando terminó su misión. Ejemplar conducta más que conducta ejemplar, más que en ninguna parte, en este país en que sólo se cortan la coleta los toreros, y éstos ahora apelan en seguida á un regenerador del cabello para que les vuelva á crecer pronto.

*Madrid Cómico* fué todo eso, y *Madrid Cómico* fué Sinesio Delgado, ese hombre sensible, inteligente, justo, batallador por la justicia, la verdad y la belleza, culto, honrado y bueno que, tras de una lucha trágica en que hemos visto



Sinesio Delgado y Ramón Cilla en los primeros años de «Madrid Cómico»

muchas veces el milagro de una resurrección, realizado por una voluntad, ha rendido su espíritu poderoso á la creciente debilidad de la materia...

Sinesio Delgado, que ha muerto como los héroes legendarios, con la pluma, su arma, en la mano, defendiendo lo que honradamente creía justo defender, sin haber desertado un solo instante del puesto de pelea, luchando por sus ideales, que ni siquiera había jurado defender.

Arbitro más de una vez de los teatros de España, ni se los cerró á nadie, ni los forzó para conquistarlos para sí. Dueño y señor de Apolo, cuando era de Apolo la hegemonía del género chico en sus tiempos de mayor esplendor, escribió cantables para los autores enemistados con la rima, sin llamarse á la parte á la hora de cobrar los derechos; improvisó obras como *Quo Vadis?*... no cuando le sopló la musa ni cuando le acució la necesidad, sino cuando las necesitó la Empresa apremiantemente, y cuando estrenó por él y para él fué para ofrecerse en holocausto á los *filisteos* por un anhelo de renovación teatral...

Contra los editores dió el pecho y la cabeza, el cuerpo y el alma, en la lucha que hizo posible la Sociedad de Autores...; siempre el primero y el último en la lucha, fué el adversario ideal, todo lealtad, que sólo pidió á los que fueron suyos que lo fueran de buena fe y que razonasen sus convicciones para contrastar las que él tenía.

Soy testigo de mayor excepción: le combatí más rudamente que nadie, no en el teatro, donde le aplaudí muchas veces entre el más horrible fragor del patear de sus enemigos, sino en la Sociedad de Autores; jamás tomé como ofensas mis censuras, y siempre, al estrecharle la mano, sentí el calor de una sincera amistad que nunca fué íntima, porque vivimos en ambientes distanciados, pero que siempre fué cordial.

Él y yo sabíamos que no son los hombres, sino las obras, lo que importa.

¡Dichoso él que fué, tanto como hombre de inteligencia, hombre de acción, y que al morir deja su obra en pie!

ALEJANDRO MIQUIS

## EL LIBRO DEL DÍA

## «LOS CÁRMENES DE GRANADA»

Un fragmento de la nueva novela de Armando Palacio Valdés

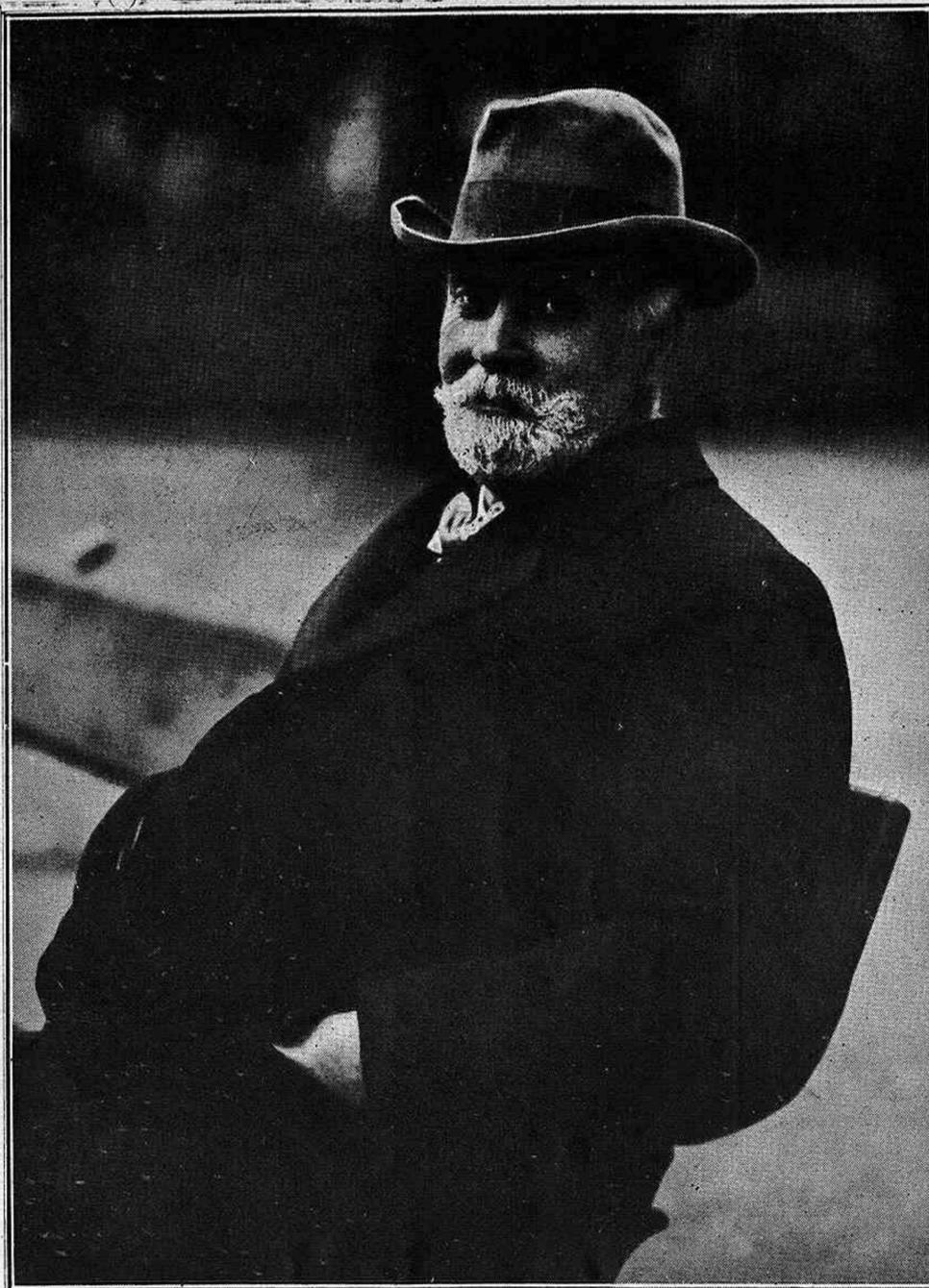
ALFONSO había caído una vez más de sus altos pensamientos. El contraste entre lo que imaginaba y lo que vivía no podía ser más triste. ¡Reñir á bofetadas con un criado! ¡Cuán lejos de aquellos elegantes duelos que con pocas palabras se concertaban entre las luces de un salón de baile con la sonrisa en los labios para que las damas no se enterasen, y luego, allá detrás del palacio, despojándose del abrigo de pieles y del frac, cruzar caballerosamente las espadas!

Esto iba meditando nuestro héroe al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir, sonriendo amargamente á los árboles, camino de la Alhambra, á la caída de la tarde. Parecía que un diablo burlón se divertía en tirarle de las piernas siempre que pretendía alzarse á una existencia superior y poética.

Hacia ya meses que no visitaba el palacio de los reyes árabes. En otro tiempo acostumbraba á subir casi todas las tardes y soñar despierto, vagando por sus jardines y salones. Ahora sus duras ocupaciones literarias (porque es sabido que la rima es muchas veces rebelde á la inspiración de los poetas) y no poco también las obligaciones contraídas como novio oficial y prometido de la joven argentina le tenían alejado de aquel teatro de sus ensueños.

La tarde era calurosa; mas en aquellos sombríos parajes el sol templaba sus rayos y se bañaba con delicia en la frescura del espeso follaje. Alfonso caminaba con el sombrero en la mano, porque su ardiente fantasía no le consentía mantenerlo sobre la cabeza. Había salvado la *Puerta de las Granadas* y marchaba por el bosque sin que la luz filtrada por las hojas, poblando el ambiente de irisadas tonalidades, ni el rumor musical del agua que corría entre guijas de colores, ni el perfume de las violetas y madresevas, ni el dulce gorjeo de los ruiseñores cautivaran su atención ni le infundieran la sensación deliciosa de plácido ensueño de otras veces. Su alma se bañaba en tedio y melancolía. Examinaba su vida á la luz de los vulgares y prosaicos sucesos del día anterior, y se confesaba con amargura que aquella vida, por un fatal destino, estaba trunca, no sería jamás la de un poeta, sino la de un honrado burgués. Moriré—se decía—sin hallar el amor con que soñaba mi corazón, ni la poesía que guardo en el alma.

Así, melancólico y amargado, entró el joven poeta en la Casa Real. Lo primero que se ofreció á su vista fué el patio de fantástica belleza, de luz y de alegría, llamado *Patio de los Arayanes*. Se detuvo un instante, y aquella deliciosa visión esparció un bálsamo refrigerante sobre los resquemores de su alma. Huyó la voluntad—diríamos como Schopenhauer—, con sus ásperas y dolorosas reclamaciones, para dejar paso á la pura y feliz representación. Levantó los ojos y leyó en el friso de la galería la inscripción que ya co-



Ultimo retrato de Armando Palacio Valdés

(Fot. Alfonso)

nocía: *La felicidad y la prosperidad son gracias del Sustentador de las criaturas*. Cierta—se dijo con repentina humildad—, resignate á ser desgraciado, Alfonso, puesto que Dios no quiere que satisfagas las grandes aspiraciones de tu alma.

Atravesó el pórtico de primorosa elegancia que da acceso á la *Sala de la Barca*, y sin detenerse entró por el angosto pasadizo que conduce al *Patio de los Leones*. Allí estaba el *Harem*, esto es, el amor, la voluptuosidad. Alfonso renovó sus ensueños deliciosos de adolescente en aquel sitio, tornó á ver en aquel bosque de columnas donde la luz se quiebra con maravillosos destellos, donde ahora, con el amortiguado resplandor del sol declinante, se esparcía la sombra y el misterio, aquellas sultanas de fantástica belleza envueltas en sedas y transparentes gasas adornadas con preciosas joyas. Y sin saber por qué, tal vez por un misterioso magnetismo que luego pudo explicarse, evocó la figura ideal de doña Isabel de Solís, de aquella maravillosa Zoraya, lucero de la mañana, de quien siempre estuvo enamorado. La veía con sus rasgados ojos negros de luz misteriosa, con sus cabellos ondeados, con su tersa frente oprimida por brillante cintillo, con su garganta de alabastro adornada con doble collar de perlas, con sus pies de hada sepul-

tados en dorados pantuflos.

Cerró los ojos para mejor verla, y durante breves instantes gozó de aquella visión ideal y se creyó el amante favorito de la favorita de Muley Hacem, que en las altas horas de la noche bajaba á uno de los escondidos camarines del palacio para sostener con él dulce coloquio amoroso. Los abrió y un hondo suspiro se escapó de su boca. Dió algunos pasos, entró en la *Sala de los Reyes*. Al pisar uno de los suntuosos camarines que en ella se abren vió repentinamente frente á sí á la misma doña Isabel de Solís, tal cual la había forjado su fantasía, y detrás de ella al sultán Muley Hacem.

Dejó escapar un grito y se llevó la mano á los ojos para huir de aquella alucinación. Pero á su grito respondió una fresca carcajada, seguida de otra mucho menos fresca.

—Perdone usted, caballero, si le hemos asustado—dijo una voz melodiosa—. Nos creíamos completamente solos.

Alfonso, no del todo repuesto, balbució:

—También yo me creía solo.

—Seguramente pensó usted, por un instante, que éramos dos árabes salidos de la tumba para amedrentar á los curiosos que profanen este palacio—dijo riendo la joven que Alfonso tomó por doña Isabel de Solís.

—En efecto, confieso á ustedes que creí padecer una alucinación.

—Pues nada de eso; somos dos viajeros caprichosos que han tenido la humorada de venir disfrazados de moros para visitar la Alhambra.

—Por cierto que vienen ustedes admirablemente disfrazados. En usted, señora, declaro que pensé ver á doña Isabel de Solís, favorita del sultán Muley Hacem, y en usted, caballero, al propio Muley Hacem.

La disfrazada señora y el caballero se dirigieron una mirada significativa y rieron á un tiempo.

—No sabe usted cuánto nos complace lo que acaba de decir. Ya se lo explicaremos después—manifestó el caballero.

Los trajes que ambos vestían eran ricos; la señora ostentaba joyas en la garganta, en las orejas y en las manos. Los dos eran de muy gentil apariencia. La señora, un dechado de belleza; no parecía tener mucho más de veinte años; el caballero, de prócer estatura, con luenga y rizada barba, que ya blanqueaba, parecía acercarse á los cincuenta.

—¿De modo que vienen á visitar la Alhambra como curiosos?—preguntó Alfonso, que no sabía qué decir.

—Como curiosos, no; un poco por el arte y otro poco por interés—respondió el caballero.

Al mismo tiempo dirigió otra mirada á la señora y ambos sonrieron significativamente. Alfonso no comprendía.

—¿Y usted viene á su vez como viajero curioso?

—¡Oh, no!—replicó sonriendo el joven—. Yo

soy de Granada y conozco la Alhambra como mi casa.

—¿Ah, sí? Pues yo, entonces, como sultán que soy y dueño de este palacio, le secuestro á usted y le obligo á acompañarnos—pronunció el disfrazado sultán con cómica resolución.

—Encantado de obedecer á vuestra majestad—respondió Alfonso con la misma graciosa franqueza.

Y no mentía. Acompañar á aquel fingido sultán no le interesaba mucho; pero á la sultana, su compañera, le agradaba bastante. Porque era hermosa, sobre toda ponderación, aquella dama. Realmente, no con más bello rostro y figura se había representado en sus horas fantásticas á la famosa *Romia*.

Más alta que baja, más delgada que gruesa, aquel traje flotante de gasas y sedas no podía ocultar la esbeltez de su talle. Su rostro, ovalado, era de una blancura deslumbrante; sus ojos, negros y rasgados, tallados en almendra, brillaban como dos luceros; su frente, como la de *Diana Cazadora*, estrecha y voluntariosa; la nariz, delicada y recta, recordaba también la de esta célebre estatua; su boca, de un rojo vivo, donde brota la sangre, parecía una granada abierta, dejando ver una carrera de perlas. Sus manos, marfileñas, de dedos afilados, adornados con piedras preciosas; sus pies, ocultos en ricos chapines, semejaban de una pequeñez inverosímil.

Alfonso se dispuso á servirles de *cicerone* y comenzó á explicarles cuanto sabía acerca del aposento en que se hallaban; les hizo ver en las bóvedas elipsoideas de madera y forradas de cuero de aquellos camarines las célebres pinturas, tan discutidas, donde se representan diez personajes que parecen ser sultanes de la dinastía nasirita y episodios románticos de sus tiempos, leyendas caballerescas, en las que intervienen moros y cristianos combatiendo por su Dios y por su dama. Había también cacerías de osos y jabalíes. Después de visitar la *Sala de los Reyes* pasaron á la *Sala de las Dos Hermanas*, que es la joya más preciada del palacio, magnífica estancia, cuyas puertas de cedro, doradas y esculpidas con insuperable primor, anuncian ya su magnificencia. El interior sobrepaja, por sus mosaicos é incrustaciones, á todo lo que existe en el Alcázar. Las paredes, los aliceres, los frisos, todo está cuajado de figuras, de flores, de festones, de estrellas, un prodigio de riqueza y elegancia. La imaginación de los artistas que han creado esta maravilla era inagotable; cuando parecen apuradas y consumidas todas las combinaciones posibles, de nuevo se ven brotar otras nuevas y más exquisitas.

Todo lo iba describiendo Alfonso con fuego y elocuencia. Los viajeros le miraban con curiosidad, que poco á poco se fué convirtiendo en respeto. Sin conocer el árabe les fué descifrando las inscripciones que veían en los frisos, porque su tío Perico se las había descifrado á él. En realidad, toda su ciencia de la Alhambra á su tío se la debía, y de ella supo aprovecharse lindamente para impresionar favorablemente á aquellos distinguidos viajeros. Inútil es decir que á quien ambicionaba impresionar, sobre todo, era á la hermosa dama que tan fielmente copiaba á la divina Zoraya, que él se imaginaba. La miraba de reojo y de frente, siempre que podía, y no se hartaba de admirar conjunto tan bello.

Subieron al *Chanan*, á aquellos misteriosos aposentos donde vivían y se guardaban las odaliscas, tristemente desmantelados ahora, pero alhajados en otro tiempo con refinado lujo. Alfonso explicó que allí existían dos departamentos: uno dedicado á las concubinas, y otro á la *Dar-Axa*, la Sultana, mujer legítima del Emir.

—Este es el tuyo—dijo el caballero, empujando suavemente hacia él á su compañera, la cual aceptó, riendo, la especie.

Alfonso seguía sin comprender lo que aquello significaba: tenía enormemente excitada su curiosidad.

Visitaron la *Sala de Abencerrajes* y el *Mirador de Lindaraja*. Al poner los pies en aquel misterioso retiro que le abrió la entrada en el Parnaso y en las columnas de *El Defensor*, Alfonso no pudo resistir al deseo de hacer saber á aquellos viajeros (naturalmente, á la dama primeramente) que era un poeta. Aprovechó, pues, la ocasión:

—¿Cómo? ¿Es usted poeta?—exclamó la hermosa joven, clavando en él con severidad sus ojos negros.—¡Uf, detesto á los poetas!

Alfonso quedó tan estupefacto como afligido, pero tuvo fuerza para hallar una frase galante.

—¡Detesta usted á los poetas! ¿Cómo es posible que la Poesía aborrezca á los poetas?

—Muchas gracias, caballero. Detesto á los poetas de estos tiempos miserables, no á los antiguos trovadores que vivían una vida poética conforme á su vocación, ni tampoco á nuestros poetas de la época romántica, los que ahora llaman melencidos, los Byron, los Espronceda y sus discípulos, porque, al cabo, éstos se esforzaban en dar á su vida un sabor poético, viajaban por países salvajes, se batían en las barricadas, raptaban mujeres, se arruinaban, casi siempre morían tísicos... ¡Pero ahora! Hoy un poeta no se distingue de un tendero de la calle Mayor; come á sus horas, duerme la siesta, viene á su casa por la tarde con paquetes de comestibles y se purga todos los meses con agua de Carabaña. Conozco uno en Madrid, bastante notable, que toma la cuenta á la cocinera y escribe la lista de la ropa sucia que entrega á la lavandera...

Los ojos de Alfonso brillaron de alegría.

—¡Exacto, exacto, señora, lo que usted dice! Pero vivimos en medio de una sociedad prosaica, donde cualquier gesto desusado causa escándalo y es objeto de burla ó desprecio. Si un poeta pretende vivir de un modo distinto que sus vecinos, la población entera se le echa encima. El mundo en estos días es un rebaño, y á la oveja que se aparta se le tiran piedras para que vuelva al redil.

—Tiene usted razón—replicó la dama; y bajando luego la voz y en tono reflexivo, añadió: —Pero acaso el mundo esté en lo cierto. Lo primero es vivir y dejar vivir á su familia, porque no está bien que un poeta se arruine en aventuras novelescas y sepulte en la miseria á su esposa y sus hijos.

Estas palabras no le hicieron tanta gracia á Alfonso como las anteriores.

—Es mucha verdad lo que dices, Alicia: *primum vivere, post poetizare*.

«¡Alicia! ¡Oh, qué nombre tan lindo!», se dijo Alfonso.

Pasaron á las *Habitaciones del Emperador*, que se construyeron para Carlos V, y de allí siguieron al *Peinador de la Reina*, desde donde se descubre un magnífico panorama. Entraron en el *Salón de Embajadores*, y por una escalerita que allí hay bajaron al llamado *Patio de la Reja*. Alfonso les explicó por qué se le ha nombrado así. El vulgo supone, contra toda verosimilitud, que sirvió para encerrar á doña Juana la Loca. Inmediatamente penetraron en el *Jardín de Lindaraja*. Los viajeros dejaron escapar un suspiro de satisfacción. ¡Oh, qué hermoso y apacible retiro! Aquel sitio, impregnado de dulce melancolía, les dejó extasiados. Los cipreses, los naranjos, esparcían deliciosa sombra; los setos de arrayán y las flores despedían suaves aromas que invitaban al ensueño; la fuente que hay en el centro y tiene esculpido en el borde un poema hacía sonar un rumor musical que infundía dulce adormecimiento. El caballero de la barba gris propuso sentarse allí y descansar un rato.

—No, papá—replicó la dama—; pronto va á llegar la noche, y además estamos abusando con demasiada libertad de la galantería de este señor.

Alfonso sintió alegría. No era su marido, como había imaginado. Protestó con vehemencia contra aquella gratuita suposición. Nada tenía que hacer en aquella hora, y, lejos de molestarse, se sentía extraordinariamente complacido en compañía de tan amables viajeros...

—Pues si no tiene nada que hacer, acompañenos hasta el hotel, que está ahí cerca—pronunció la dama, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada seductora—. Es necesario que nos despojemos ya de estos disfraces.

Salieron de la Alhambra. Alfonso les acompañó por el bosque. La dama charlaba como un dulce gorjeo, explicando la fuerte impresión que la Alhambra le había causado y la vergüenza que sentía por no haberla visto hasta ahora. Su papá la había llevado á París, á Londres y á Roma, y, sin embargo, jamás le había propuesto

venir á Granada. ¡Claro, como él la había visitado varias veces de joven! Así que estaba segura de que sin la casualidad, á la cual se añadía el interés que allí les había traído, tal vez no hubiese visto el maravilloso palacio en su vida.

—¡No digas eso, Alicia!—exclamó su padre— Cuando te hubieras casado, obligarías, quieras que no, á tu marido á hacer este viaje.

—¡Ya lo creo! Si no quería venir, le traería arrastrado por los cabellos—replicó la joven, con graciosa resolución, que á Alfonso le hizo reír.

—Pero á todo esto, señor de... ¿Tiene usted la bondad de darme su nombre?

—Alfonso Aguilar, para lo que usted guste ordenar.

—Pues bien, señor de Aguilar, seguramente se habrá usted preguntado ya varias veces: ¿cómo y por qué habrán venido estos pájaros á posarse sobre la Alhambra?

—Diría *estos pájaros del paraíso*, señorita.

Esta volvió hacia él su rostro y le miró fijamente.

—Es usted en extremo galante. Por lo visto, quiere usted que me reconcilie con los poetas contemporáneos.

—Sería feliz si lo lograra.

—Lo dicho, es usted la crema de la galantería...; pues estos pajaritos, que no son del *paraíso*, sino humildes jilgueros, han venido á Granada con un fin interesado, pero á la vez artístico. Verá usted. En un baile de trajes que ha dado este Carnaval, en su palacio, el banquero don Nazario Echevarría, yo, que acababa de leer la novela de Martínez de la Rosa titulada *Doña Isabel de Solís*, le propuse á papá que nos disfrazásemos, yo de doña Isabel y él de Muley Hacem. Nuestros disfraces obtuvieron mucho éxito. Los revisteros hicieron de ellos grandes elogios. Entonces á papá, que es pintor... Usted le habrá oído nombrar seguramente... Rafael Izquierdo...

—Desde luego; ya sé que es un pintor muy reputado—manifestó Alfonso, que en su vida había oído tal nombre.

—Un aficionado nada más—expresó con humildad el interesado.

—¡No, no; un gran pintor!—exclamó su hija con vehemencia—. Pues á papá estos disfraces le sugirieron la idea de un cuadro histórico que se ha de titular *Las bodas de Muley Hacem*. Y aquí tiene usted el motivo de vernos en Granada. Papá viene á hacer estudios sobre los sitios mismos, á consultar los archivos, á conocer las tradiciones, á empaparse del asunto, como todo artista debe hacer antes de ponerse á trabajar. Ignoro el tiempo que aquí estaremos. Granada me ha producido tan grata impresión, que he de hacer lo posible para que prolonguemos nuestra estancia.

—Y Granada se sentirá feliz de contemplar largo tiempo sobre su horizonte una estrella de tal magnitud.

La joven volvió á mirarle con gran curiosidad.

—Ya sabía que los andaluces son hiperbólicos, como los árabes. Temo que siguiendo de ese humor me llame usted una hurí del cielo de Mahoma.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no lo consentiría. ¿Sería usted capaz de hacerlo contra mi voluntad?

—Tal vez llegase á cometer ese pecado, pidiendo luego perdón y penitencia.

—Es que yo se la pondría á usted muy dura.

—Por muy dura que fuese, viniendo de sus manos, la hallaría blanda.

El papá, riendo, exclamó:

—¡Oh, no sabe usted lo que es mi hija! Es una sultana caprichosa; le arrojaría á usted á la fosa de los leones.

—En eso ya no se parece á Zoraya, la favorita de Muley Hacem, pues los historiadores árabes afirman que era extremadamente tímida y dulce.

—¿Pero es que me parezco en otra cosa?

—Como también afirman que era un prodigio de belleza...

—Basta. Afortunadamente, ya hemos llegado al hotel y me alegro de no verme en la precisión de echar á usted á la fosa de los leones. Buenas tardes, y muchas gracias.

A la puerta del hotel *Washington*, donde los

viajeros se alojaban, se estrecharon las manos. El señor Izquierdo repitió con calor las gracias. Cuando el joven se disponía á alejarse, le dirigió una amable invitación.

—Usted me ha dicho, señor Aguilar, que nada tenía que hacer en esta hora. ¿Quiere usted acompañarnos un ratito, antes que llegue la de la comida?

—Pero, papá, ten presente que necesitamos quitarnos estos disfraces y dejar solo á este señor—observó la joven.

—¡Oh!, eso no importa—manifestó Alfonso, que se mostró alegrísimo—. En el salón les aguardo á ustedes.

Y así se efectuó. Los viajeros subieron á sus habitaciones y no tardaron mucho en bajar completamente transformados. Si hermosa estaba Zoraya en traje de mora, no lo estaba menos con el de cristiana: un sencillo vestido de viaje corte de sastre. Despojada de la levita, lucía una elegante blusa de seda. Había conservado su collar de perlas, los pendientes, las sortijas y el cintillo que aprisionaba su frente. Alfonso la encontró divina.

—Ea, ahora ya no somos Zoraya y Muley Hacem, sino dos seres vulgares, dos madrileños caprichosos que han venido á divertirse y á aburrirle á usted un poquito. Venga usted acá, siéntese á nuestro lado y cuéntenos algo de Granada.

Así habló la joven, sentada en el sofá. Su padre estaba en un sillón contiguo.

Alfonso se acomodó en el mismo sofá y el contacto de la ropa de la bella le produjo raro deleite.

—Pues Granada, señorita...

—Llámeme usted Alicia—interrumpió la joven—. Mientras era sultana del reino granadino se hallaba usted obligado á tratarme con veneración. Ahora que he bajado del trono puede hablarme con toda confianza.

—Muchas gracias...; pero permítame usted que le diga que, aunque destronada, siempre será usted para mí la bella Zoraya

—¿Vuelve usted á las andadas? Entonces volveré yo á mi papel, y por desacato le sepultaré en una mazmorra.

—Sólo el miedo me hará guardar silencio... ¿Quiere usted saber lo que es Granada? Pues es una población donde se aburriría el mismo Polichinela: se come, se bebe, se pasea, se duerme, se juega al tresillo y se murmura.

—Pero eso mismo, señor Aguilar, sucede en todas partes—apuntó el papá de Zoraya—. ¿Piensa usted que en Madrid hacemos mucho más que eso?

—Pero Granada, por su historia tan interesante, tan rica de leyendas poéticas, por su misma situación tan singular y pintoresca, me parece que estaba obligada á ser menos prosaica.

—¡Oh, joven! No imagine usted que la poesía se halla alojada solamente debajo de los cascos y los turbantes. El que sabe extraer su jugo la encuentra en todas partes. Las mujeres son tan encantadoras ahora como lo eran en tiempo de Boabdil, y los hombres tan necios, egoístas y antipáticos.

—¡Papá es un feminista declarado!—exclamó Alicia riendo.

—También lo soy yo; pero adoro en la mujer el ser ideal, todo ensueño, todo nobleza, algo sublime que nos alza sobre el polvo de la tierra, una estrella que nos alumbraba y nos guía en los oscuros senderos de la vida.

—No soy de esa opinión. La mujer, por ser mujer, en cualquier situación que se halle es interesante. Nosotros los pintores pintamos con la misma atención á una mendiga que á una reina, y en cuanto á esas aventuras novelescas con que ustedes sueñan, me figuro que son tan dulces y sabrosas con una modista que con una princesa.

—¡Silencio, papá!—dijo su hija, tapándole la boca—. No empieces á desbarrar como otras veces. El señor es muy joven y poeta, y no ha llegado, afortunadamente, á ese grado de indiferencia ó, para hablar más claro, de escepticismo en que caéis los hombres cuando empezáis á tener canas.

—Yo he empezado ya hace rato. Me acuerdo todavía como si fuese ayer, señor Aguilar, del ruido que hizo en Madrid el lance de su señor padre con el desgraciado general Sánchez Rojas.

Porque hace un momento nos ha dicho el gerente del hotel que es usted hijo del coronel don Enrique Aguilar. Yo no tenía el gusto de conocerle, como tampoco ahora; pero todos los jóvenes nos pusimos de su lado: era joven como nosotros, le asistía la razón y admiramos su hidalguía y su intrepidez... Cuando supimos la confabulación de los generales, que le obligó á perder su brillante carrera, sentimos gran indignación, nos pareció una cobardía...

—Sí; ha sido una terrible desgracia para mi padre... Pero, en fin—añadió sonriendo—, sin esta desgracia no habría conocido á mi madre y no estaría yo hablando en este momento con ustedes.

—¡Bien dicho, joven! Nadie puede saber en este mundo dónde está la dicha y la desgracia... Quizá haya sido su padre más feliz en Granada que escalando los altos puestos de la milicia.

—Eso creo yo, y él mismo me parece que no está lejos de creerlo.

—Pero, papá—interrumpió su hija—, estamos aburriéndolo á este señor, que tal vez tenga deseos de bajar á la población.

—De ningún modo—se apresuró á decir Alfonso—, nada tengo que hacer en este momento; pero aunque lo tuviese, olvidaría los quehaceres por el gusto de hallarme en tan amable compañía.

—¿No lo dice usted por cortesía?

—Con toda sinceridad.

—Si no es así, tanto peor para usted. Voy á tratar, de todos modos, de que usted no se aburra. ¿Es usted aficionado á la música?

—Muchísimo; pero en Granada tenemos pocas ocasiones de oír una buena.

—Pues ahora va usted á oír una excelente, aunque mal interpretada.

Y diciendo esto se dirigió al piano, puso sus lindas manos sobre el teclado y ejecutó unos cuantos arpeggios con la facilidad y soltura de un maestro.

—Allá va una canción de Schumann—dijo volviendo el rostro sonriente hacia Alfonso.

Y con verdadero arte y una voz aunque no extensa de un timbre y una dulzura exquisitos, cantó una de esas deliciosas composiciones que al gran maestro alemán le han inmortalizado más aún que sus sinfonías.

Alfonso sintió tanto placer como estupor. No había oído cantar tan maravillosamente más de dos ó tres veces á alguna famosa soprano. La sorpresa le tuvo unos instantes suspenso; pero inmediatamente comenzó á proferir las exclamaciones más hiperbólicas.

—¡Es admirable, es estupendo, es maravilloso! Jamás he oído cantar de un modo tan perfecto ni aun á la Dalti, cuando estuvo aquí el año pasado.

La joven sonreía murmurando:

—¡Demasiado amable!

—¡Oh! Alicia es una gran música—dijo su padre—. Desde niña ha mostrado felices disposiciones. Yo le he puesto los mejores maestros: para el piano, á Guelbenzu; para el canto, le he dado lecciones el famoso barítono Vergier... A mí me gusta también la música y aun he teclado un poco el piano; pero mi afición, y podré decir también mi entusiasmo, ha sido siempre la pintura. Me pone usted delante del cuadro de un gran maestro: de Rembrandt, de Velázquez, de Fram Hals, y me estoy allí las horas sin acordarme del mundo. No olvidaré la emoción que experimenté al visitar el museo de Amsterdam, cuando me vi frente á la *Ronda de Nuit*, de Rembrandt. ¡Y luego su *Lección de Anatomía*, en La Haye!... ¡Ah, nada hay comparable con la pintura!...

—A mí también me gusta mucho, papá, ya lo sabes, aunque esos maestros que llaman realistas me dejan fría. Mi preferido es Rafael. En Roma he gozado lo indecible con sus frescos y sus cuadros. ¡Qué *Madonas* las tuyas, qué rostros angelicales, qué dulzura y qué piedad en sus ojos!

—Sí; pero no apetece postrarse delante de esas *Madonas*, sino abrazarlas—dijo riendo su padre.

—¡Calla, no blasfemes!... No haga usted caso, Aguilar, de este guasón. Todo es una pura comedia porque hace dos años, cuando tuvo una

pulmonía, pidió con mucho apuro que le llamasen al padre Echeandía para confesarse.

—¿Cómo se titula la canción de Schumann que acaba de cantar?—preguntó Alfonso.

—¿Le ha gustado á usted? Se titula *Tu mirada*. Allá va otra que se llama *Canto de amor*.

Y la joven cantó de nuevo con igual maestría la preciosa melodía.

—Otra todavía del mismo autor—dijo después—. Esta se titula *La hora del misterio*.

Alfonso estaba aturrido, embelesado. De pronto la joven se alzó con brusco movimiento del taburete y dice:

—Me apetece dar una vuelta de vals. ¿Quiere usted bailar conmigo, señor Aguilar?... Papá, ¿nos haces el favor de tocar el vals de Guelbenzu que tú sabes?

Izquierdo se sentó al piano y tecló con bastante soltura lo que se le pedía. Alicia, sin ceremonia, se dejó abrazar por Alfonso y comenzaron á volar raudos por la estancia.

¿Quién podrá explicar lo que entonces sintió el joven poeta? Tenía entre sus brazos aquel frágil hermoso cuerpo, sentía en la suya el tibio calor de su mano, en su cuello el aliento, sobre el hombro la dulce presión de su barba, aspiraba el perfume penetrante de heliotropo que la bella usaba. Cuando el piano dejó de sonar y Alicia le arrastró hasta el piano y allí se dejó caer, se hallaba tan enajenado, que apenas sabía dónde se hallaba.

Alicia se levanta con la misma brusquedad y le extiende las dos manos.

—Ahora márchese usted. Me parece que para ser la primera vez que nos vemos le hemos tratado á usted con sobrada confianza.

—Confianza que nada hice para merecer y de la cual quedaré reconocido por toda la vida.

—Adiós, Alfonso.

—Adiós, Alicia.

Aquella nueva prueba de confianza llamándole por su nombre de pila concluyó de marearle.

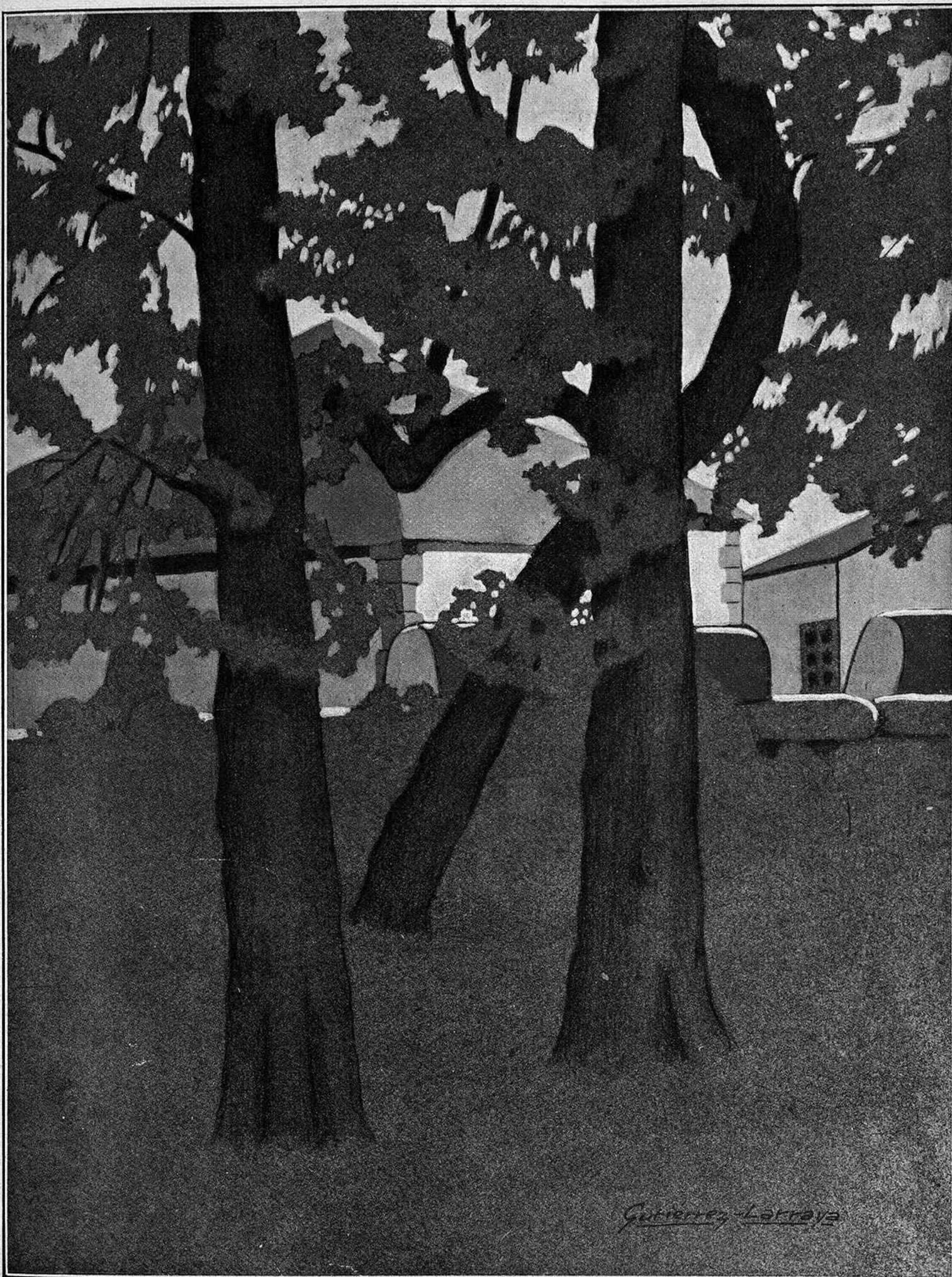
Cuando ya trasponía la puerta, Izquierdo le gritó alegremente:

—No diga usted por ahí que Muley Hacem ha tocado el piano para que usted baile con doña Isabel de Solís.

•••••

Alfonso no pisaba la tierra, sino las nubes, bajando de la Alhambra á la ciudad. El fuego romántico, que ardía débil y trabajosamente bajo las frías cenizas de la realidad, llameó de pronto, se convirtió en hoguera, evaporando y consumiendo todo lo viejo, prosaico y ordenado de su reciente existencia. Aquella singular viajera, rodeada de la aureola de la belleza, del ingenio, del arte y hasta del capricho, le pareció el hada benéfica llegada para abrirle las puertas del cielo poético con que siempre había soñado.

Erá la hora acostumbrada de ir á ver y hablar con su prometida. No tuvo fuerzas para hacerlo. Se sintió inquieto, trastornado, invadido por un anhelo invencible de soledad, y prefirió entrar en su casa y enviar un recado á la de Sarabia anunciando que atacado de un fuerte dolor de cabeza se había metido en la cama. Lo que hizo, efectivamente. El sueño tardó mucho en vencerle. La imagen de la gentil viajera se le ofrecía incesantemente, tan pronto como la propia doña Isabel de Solís, reina de Granada, como la dama elegante que reinaba en los salones de Madrid; sentía el brillo misterioso de sus ojos, veía sus gestos, escuchaba su voz angelical. Mas tan constante aparición, tanto ver y tanto recordar, llegó á fatigarle. Un pensamiento triste vino al cabo á esparcir un poco de sombra sobre aquellas doradas imágenes; pensó que ya no era libre, que un compromiso ineludible le ligaba para siempre á otra mujer. Y la figura de Ana María se alzó ante sus cerrados ojos, como siempre, risueña, dulce y confiada. Sintió remordimiento. Y trató de alejar de su mente la imagen de la dama madrileña; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Delante de sí flotaba, en una nube irisada, que borraba y confundía de su novia, mucho más pálida. Era Ana María un día nublado, dulce y tibio, mientras la interesante viajera le aparecía como una brillante mañana de sol. ¡Al fin se durmió!



Paz campesina, empapada de silencio, bajo el clemente cielo nortefío, cuya luz hace jugosa la esmeralda de los prados y da suavidades inefables al paisaje... Rincón del agro en el que las casonas, con sus tejados de pizarra, elevan sus humos rectamente en el ambiente límpido con serenidad patriarcal. Bajo los nogales copudos, que esparcen sombras magníficas, la tierra, aterciopelada de verdor, semeja un tapiz, sobre el que las tardes de fiesta se trenzan idilios rústicos, mientras cerca suena la gaita pastoril acompañada por el grave parche del tambor, y las mozas—de roja saya y mirada cándida—danzan, arreboladas de emoción, uno de esos arcaicos bailes de ritmo lento y de honestos giros que tienen abolengo de religioso rito... Gutiérrez Larraya ha acertado á interpretar el alma—toda serenidad—de este paisaje...



## A P O S T I L L A S

## LA PALABRA "MODERNO". EL MODO Y LA MODA

P O R

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

DE dónde viene la palabra moderno? Viene del latín *modus*. De *modus* viene, en castellano, modo y su diminutivo módulo. Y de modo viene, en último término, moderno. El *modus* latino significa, como en castellano, modo, y además, medida, de donde el diminutivo módulo, que es una medida genérica. También moderación, templanza; de aquí «una persona modosa», «buenos modos». Límite también. Por fin, medio, como en *modus operandi*, ó sea aquel procedimiento ó manera de obrar mediante el cual se realiza un fin determinado.

Pero este vocablo masculino y activo, modo, en ocasiones está invertido, y adopta una posición femenina y pasiva. Ya no es modo, sino moda. Desdichadamente, muchos confunden lo moderno con lo que está á la moda. Tarde, en sus *Leyes de la imitación*, define la moda como «conjunto de usos, actitudes, opiniones, que reinan momentáneamente en una sociedad, á las cuales se atribuye una presunción de superioridad problemática y discutida». Eucken (*Zum Begriff des Modernen*, apéndice de su obra *Geistige Stroemungen der Gegenwart*) distingue dos acepciones incompatibles de lo moderno; de una parte, una justa modernidad, consecuencia de las manifestaciones reales, progresivas y necesarias del pensamiento, como si dijéramos, una modernidad definida por el régimen de nuevos modos, de nuevas medidas, de nuevos medios; de otra parte, una modernidad de sobrehoz superficial y engañosa (*ein Flach-moderne*) que no es sino ignorancia de la tradición, liviano amor de novedades, cualesquiera que sean, reclamismo, escándalo, puja en la estridencia, ó lo que es lo mismo, una extremidad de frenesí á merced de los sobresaltos de la moda. En cambio, otros deleitantes filosóficos apologizan por la moda ó paladinamente la preconizan, no sin incurrir alguno de ellos en el exceso teórico de afirmar que quien no lo entiende así es un deficiente mental. Uno de estos modistos de la filosofía sostiene que la única manera de producirse el arte es á través de las modas. Bien se ve que aquí moda se toma en el sentido de medio, con lo cual ya no es moda, sino modo.

La distinción entre modo y moda no ofrece caracteres de dificultad, á lo que se me figura. Los santos aplicaban un criterio experimental á fin de precaverse contra las falaces alucinaciones de Satanás, tan semejantes á veces á la legítima revelación celeste. Si el sobrenatural fenómeno dejaba á su zaga un estado de ánimo insatisfactorio, disgustante, árido y estéril, señal que provenía del enemigo malo. Si, á la inversa, procuraba ecuanimidad duradera, gozosa y fecunda, era signo de su celestial abolengo. Otro tanto con la moda y con el modo. Los rasgos distintivos de la moda son inestabilidad y esterilidad. Pasa la moda presto, y en pasando, mueve á irrisión. Cuatro cosas hay, dice la Biblia, que pasan sin dejar rastro: la sierpe por el prado, el pez por el agua, la sombra por el suelo y la mujer por el hombre. Añadamos: la moda por la historia.

Desde luego, el modo lleva siempre aparejado consigo alguna ligera forma de moda, que es su escoria impura, transitiva, huidera; en tanto el modo permanecerá en su descendencia, puesto

que es fecundo. Un ejemplo explicativo. El gongorismo, el eufuismo y el marinismo, nombres varios de un mismo acontecimiento literario, ¿fueron moda ó fueron modo? Tuvieron de lo uno y de lo otro. En cuanto moda—imitación fútil ó exageración parasitaria—, desaparecieron. En cuanto modo, perduran. Shakespeare fué no poco eufuista. Y no hay que decir si Góngora fué gongorino. Gracias al eufuismo de Shakespeare, el inglés vernáculo de hoy en día es más rico y más lírico. Barahona de Soto censuraba, en un soneto, á Góngora por el empleo de las siguientes voces afectadas, obscuras é ininteligibles:

«Esplendores, celajes, riguroso,  
salvaje, llama, líquido, candores,  
vagueza, faz, purpúreo, cintia, ardores,  
otra vez esplendores, caluroso.»

Todas estas voces, salvo dos, son ya de uso común. Se oyen en labios de un rústico analfabeto. Nada tienen de ininteligibles, obscuras ni afectadas. Luego, aparte de la moda efímera, había en el gongorismo un modo sustantivo é inmortal; inmortal, por lo menos, mientras no muera el lenguaje castellano. Esforcémonos en verificar la hipótesis inconcebible de que Góngora no hubiera existido. Sin disputa, la lengua que hablamos y escribimos carecería de algunos vocablos que hoy reputamos insustituibles para comunicar ciertas sensaciones complejas y delicadas de orden estético, y por ende el espíritu español sería á estas horas menos delicado y complejo literariamente.

Es curioso que en todos los idiomas modernos modo y moda son palabras diferenciadas; menos en francés. No me arriesgaré á declarar que para los franceses no haya radical diferencia entre el uno y la otra, á pesar de la denominación única. Quienes nos equivocamos á menudo, respecto de ellos, somos nosotros, de Pirineos abajo, desdiciendo y menospreciando á veces como modas ridículas lo que son modos esenciales de la sensibilidad gálica, y, por lo tanto inevitables, y otras veces tomando como modos de universal trascendencia lo que son modas parisinas de un día, atracción de forasteros, pues París es una ciudad que vive, en no pequeña parte, de los isidros de todo el mundo, para lo cual es menester renovar de continuo modelos y figurines. El arte no será cuestión de moda. Pero la moda puede ser materia de arte. Es indiscutible que en París la moda (de atavíos, gráciles y caedizos, para el cuerpo, como para la inteligencia) constituye un arte supremo.

En resolución. Hay una modernidad que se rige por los modos cardinales de la vida. Y otra modernidad que alude á la moda volandera.

Ahora queremos apuntar nuestra atención á la primera, dejando de lado la segunda. Esos modos cardinales de la vida, aunque siempre fieles consigo mismos, progresan, se perfeccionan, adquieren más clara conciencia de su función; ó quizás fluctúan y vacilan en un período crítico; ó acaso se debilitan, desmayan y se abandonan á un sesgo descendente. En cualquiera de los tres casos, hay un arte moderno, que refleja la variación de los modos cardinales de la vida de su tiempo.

*Fiesta cinegética*  
*Una cacería*  
*regia*  
*en Villanueva*  
*del Pardillo*

Su Majestad el Rey, con el ex ministro Sr. Argüelles, el Presidente del Consejo, el duque de Hornachuelos y los Sres. Aritio y Ballesteros, en la finca que estos señores poseen en Villanueva del Pardillo (El Escorial), donde hace muy poco se celebró una cacería en honor de Su Majestad



EN la finca que los Sres. Aritio y Ballesteros poseen en Villanueva del Pardillo, en El Escorial, se celebró hace unos cuantos días una cacería á la que asistió Su Majestad el Rey Don Alfonso. Figuraban también entre los invitados el Presidente del Consejo de Ministros, señor marqués de Estella; el ex ministro de Hacienda, D. Manuel Argüelles; el ayudante del Presidente, señor duque de Hornachuelos, y otros aristócratas. Fué una gran fiesta cinegética, en la que se cobraron numerosas é importantes piezas.



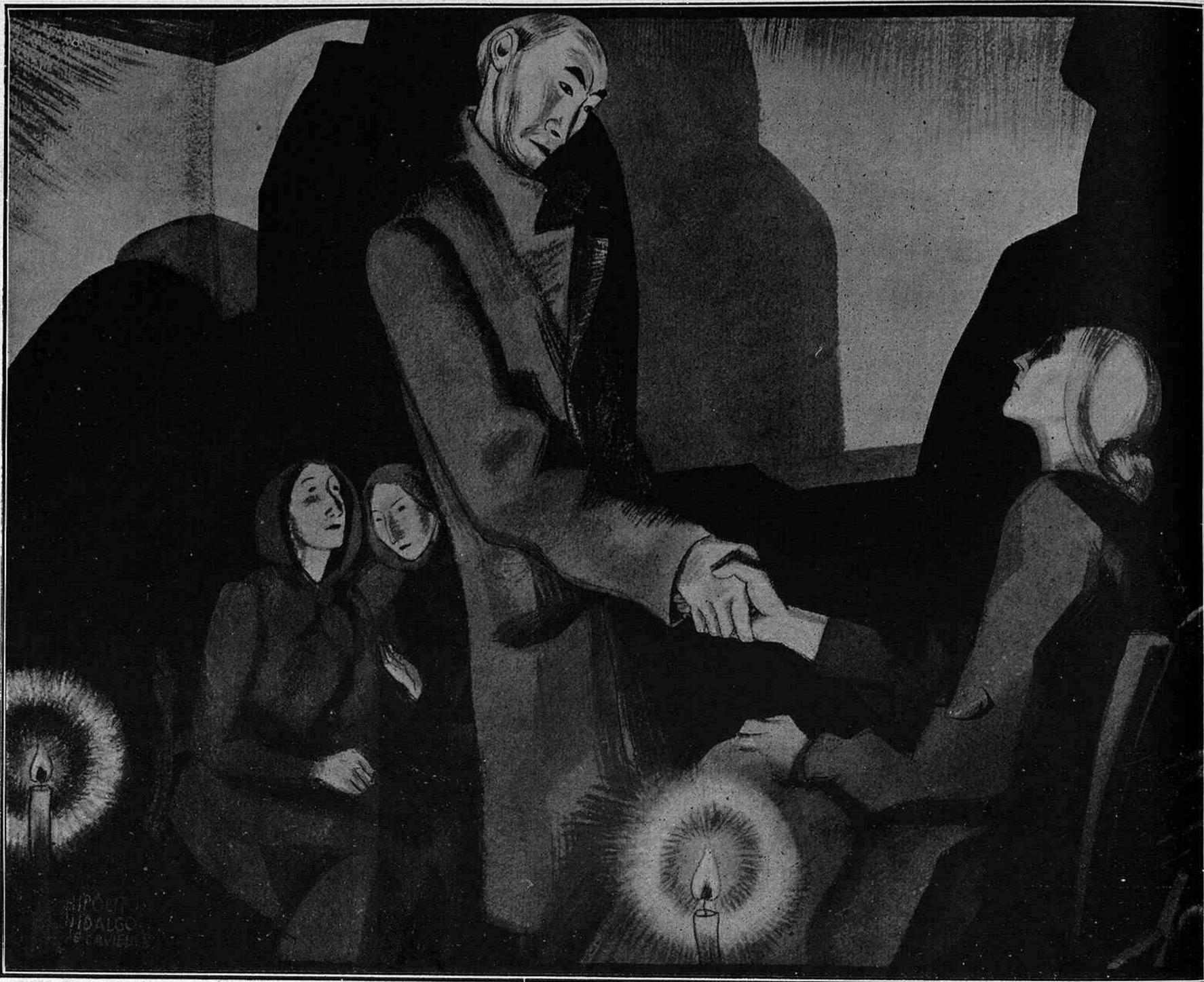
El Rey, con el Sr. Argüelles y otros invitados, dirigiéndose á tomar parte en la cacería



Su Majestad el Rey en su puesto de caza  
 (Fots. Marín)

## CUENTOS DE «LA ESFERA»

## LA MALA VECINA



NADA más irónico y más veraz que aquel título escrito en letras moradas sobre el frontispicio: «La siempreviva». Sí—parecía pensar el dueño de la tienda mientras asestaba escrupulosamente los tablones—, llegarán los hombres á cambiar de costumbres, á relegar á lugar secundario los artículos que ahora parecen insubstituíbles, á suprimir usos y adoptar otros nuevos...; pero la muerte los aguardará siempre al final del camino, y yo ahora, mi hijo más tarde y mis descendientes hasta el juicio final, podrán seguir haciendo ataúdes, vendiendo coronas y encargándose de llevar con decencia hasta el cementerio á todos los muertos del barrio... Esto parecía meditar; mas, en realidad, el señor Juan no pensaba nada: dentro de su cráneo, las ideas jamás fueron grandes y rotundas, como su abdomen; ni agudas, como el pico de pelo que casi partía en dos la frente, tan estrecha, que semejava entre las cejas y el pelo un río con márgenes frondosas. Esa incómoda secreción llamada pensamiento no lo importunó nunca; tres ó cuatro bocetos de ideas, que le inculcaron de muchacho, le sirvieron para toda la vida; y por eso, cuando vinieron á proponerle que trasladara de sitio la funeraria, se enfureció, compró la casa con sus ahorros y dijo, apoyando su resolución con golpes de martillo sobre su banco de trabajo:

—¿Conque mi tienda afea la calle? Pues fea será para toda la vida... Ya veremos si por causa de las coronas vienen ó no á vivir inquilinos á mis pisos dándolos á buen precio.

Y acudieron inquilinos. ¿No habían de acudir? La calle era una de esas vías estrechas, sórdidas, que, protegidas por mil intereses, continúan su vida de mezquindad en el mismo corazón progresivo de las ciudades. El sol no bajaba nunca hasta sus charcos; y en los días de invierno parecía que los tejados de ambas filas de casas iban á unirse para formar un inmenso ataúd donde se enterrarían para siempre los pobres empujados de dos mil pesetas con sus vastas proles; las tenderas, sus parroquianas, que al cabo de llevar fiado días y días todo su alimento no llegaban á deberles dos duros; los perros famélicos, el lorito de la bodega y hasta los mismos ataúdes del señor Juan... Los inquilinos que llegaron cuadraban bien con la tristeza de la calle y con la insalubridad de la casa; eran una señora enlutada con una hija ya moza y un niño de siete ú ocho años. Al entrar en el portal y ver la funeraria al través de una ancha mirilla establecida por el señor Juan al adueñarse del inmueble, el niño se apretó contra su madre y suplicó:

—Aquí no, mamáita; vámonos...

Pero su voz, voz de sentimiento, fué, como de costumbre, ahogada por la voz del cálculo. La madre pensaba, y sus dedos iban ayudando á la aritmética. Además había otros motivos... La calle no estaba lejos del almacén de ropas para donde ella cosía, y muy próximas abríanse las anchas avenidas, bañadas de aire y alegres de luz, á donde podría llevar los domingos al hijo enfermo. Verdad que las dos únicas venta-

nas que miraban á la calle estaban cercenadas por el rótulo de la funeraria, y que asomándose á ellas se veían, antes que toda otra cosa, los ramos de siemprevivas tallados en madera; en cambio, el balcón del patio era algo mejor, pues si hacia abajo tropezaba siempre la vista con las «existencias» del señor Juan, hacia arriba, con sólo sacar la cabeza, veíase un pedazo de cielo tan grande como un pañuelo que no lo fuese mucho. Y todo muy barato: seis duros al mes. Le quedaban otros ochocientos para comer, arreglarse un poco y cuidar de la salud del pequeño. Había que mudarse.

¡Pobre nene! Muy grave, muy rígida la boca, donde jamás debía anidar la risa; muy abiertos los ojos, como si comprendiesen que era preciso ver todo en poco tiempo, temblaba cada vez que se quedaba solo en el piso. ¡Pobre pequeño! ¿Por qué él, que no pudo hallar tras cada petición infantil las dádivas de la holgura y del mimo, insistió tanto en que dejaran la nueva casa? Su voz no era voz de niño cuando imploraba temblorosa:

—No me dejes con la hermanita, mamá. Ven pronto. ¡Tengo miedo!

Hasta en los días de sol la casa era sombría, y ráfagas húmedas iban solapadamente de una á otra puerta. Mientras la hermana arreglaba las camas y disponía la comida de modo que al volver del trabajo le bastasen á su madre unos minutos para terminarla, el niño la seguía, la entorpecía por el ansia de estar muy junto á ella. Ningún ruido de la calle, ni aun cuando

pasaba algún carretón estremeciéndola toda y haciendo vibrar con trémolo metálico los vidrios, apagaba en su oído otro ruido, siempre igual, siempre amenazador, siempre seguro, cual si tuviese conciencia de que no le era necesario elevar el tono para imponerse; y este ruido era el producido por el señor Juan cepillando maderas y clavando ataúdes, que luego colocaba, orgulloso, contra una de las jambas de la puerta. Muchas de las veces trató el niño de asomarse y mirar á lo lejos el puesto de frutas, cuya alegría de color ofrecía un oasis de luz, sin lograr retenerlo; á la tienda de ropas; á la barbería, donde se balanceaban dos bacías doradas...; pero era inútil: sus ojitos regresaban en seguida á mirar las coronas y las cajas oblicuadas contra la puerta, dentro de las cuales su imaginación obligábase á ver un cadáver, un cadáver borracho... Y un día, tal vez guiados por un funesto instinto, tal vez atraídos por maléfico imán, fueron á escrutar el interior de la tienda, y vieron una caja muy pequeña, forrada de blanco, con una desmesurada cruz abrazándola. ¿Para qué estaba allí? ¿Por qué su madre lo dejaba solo? ¿Se iría él á morir? ¿Por qué le daban las gotas amargas y no lo llevaban al campo, junto al mar, según había dicho el médico también? En la penumbra de su mente se atropellaban las interrogaciones. El temor distendió sus nervios, y la fiebre, ausente muchos días, volvió á consumirle. Eran inútiles los cuentos, las dulces palabras; su alma no podía separarse del miedo que soplaba sobre ella como sobre una luz, y si á veces se alejaba un instante distraído por el murmurio de la tierna salmodia maternal, retornaba súbitamente, porque cualquier detalle, el más fútil, le servía para ver la tienda lóbrega, los ataúdes negros, y, sobre todo, el pequeño galoneado de gris, que desde hacía poco estaba destapado, cual si esperase á alguien.

—Vamos, amor, duerme... Ya verás cómo hoy

no sueñas nada... Mira, sigue el cuento: la princesita iba por la vereda de la mano del hada; como el cielo se había empezado á caer por los bordes, mil geniecillos lo habían clavado con miles de clavitos de plata, y todos brillaban en aquella noche...

—Esos clavitos, ¿son como los que pone el señor Juan en las cajas de muerto, mamá?

—Deja esa manía, mi rey... Esos clavos eran las estrellas, y entonces...

Pero incorporándose, con los ojos extáticos, el niño preguntaba más, siempre más.

—¿Verdad que papá está en una estrella? ¿Hay también en las estrellas casas como ésta y tiendas como la del señor Juan? ¿Por qué no cierra esa caja, mamá?... Que abra las otras, pero que cierre ésta, la chiquitita... Yo quiero ser grande y vivir mucho... Dile al médico que me cure.

Y el médico no lo pudo curar; la obsesión aceleró su fin. Cuando la infeliz madre quiso trasladarse á otra casa en donde la muerte no estuviera presente á todas horas, ya su hijo la llevaba dentro. Una noche soñó que, para acabar antes, había bajado por la noche á la tienda, se había acostado en la cajita y con mucho trabajo había ajustado él mismo la tapa. En el delirio, rogaba al señor Juan que se esperase un poco, y sus manecitas se asían ansiosamente al borde de la cama, como si una fuerza invisible tirase de él. A fines de Noviembre dijo el médico que ya podían darle cuanto quisiera; pero como el niño sólo quería una cosa, vivir, el permiso fué inútil. Durante los dos últimos días, los huesecitos insinuaban bajo la piel ardorosa y húmeda todas sus formas. Murió por la tarde.

Las vecinas lo velaron, hablando cada cual de sus preocupaciones, y, junto á ellas, la madre lloró toda la noche un llanto que de tiempo en tiempo hacía convulso. No pudieron enterrar al niño en aquella cajita blanca galoneada de gris, porque era muy cara; mas el señor Juan,

hombre razonable, construyó otra á precio tan módico, que la madre sólo tuvo que coser tres semanas para pagársela. A la hora del entierro se presentó un hombre muy pálido, con las barbas y el pelo crecido, y después de darle el pésame con conmovida efusión, dijo, para justificar su visita, que conocía al niño de haberlo visto mirar muchas veces hacia la funeraria; también á él le pasaba igual: no podía apartar la vista de aquella carpintería macabra, de aquellas inmarchitables flores que jamás habían sido fragantes, de aquellas fundas forradas de negro, donde una vez habían de encerrarlo para siempre. Una vecina susurró al oído de la madre que aquel señor estaba chiflado: pasaba las noches escribe que te escribe, y cuando bebía un poco empezaba á decir jerigonzas imposibles de entender. Sin duda, aquella tarde no estaba en su juicio, pues empezó á denostar al señor Juan y á decir que si hubiera espíritu estético en la calle, le habrían ya quemado la tienda. Luego habló de la necesidad de sentir el rubor de la muerte, de ayudar al divino olvido con la ausencia de todo fúnebre atributo, y, por último, sostuvo que al niño lo había matado tanto la fiebre como la mala vecina, la sombra, invisible para los sanos, que vagaba por entre los ataúdes de la tienda con su guadaña al hombro. Todos se indignaron al oírle, y él calló al fin. Pero al despedirse, la madre le estrechó la mano en silencio, y él comprendió que aquella presión muda y cordial quería decirle: «Muchas gracias, señor; muchas gracias; yo nunca me hubiese atrevido á decirlo, pero es la verdad: mi pobre nene se ha muerto de miedo de morirse...» Y por eso, mientras la mujer rompía á sollozar y todos los miraban con extrañeza, los ojos del desconocido se nublaban de lágrimas.

A. HERNANDEZ CATÁ

(Dibujos de Hidalgo de Caviedes)





Berlín.—La escena final del drama «Hamlet», puesto en escena en Berlín bajo la dirección Hauptmann, cuyas representaciones han constituido un acontecimiento teatral subrayado favorablemente por toda la crítica

## LA VIDA DEL TEATRO

### Un estreno de los Quintero \* \* en Buenos Aires \* \*

EN el Teatro Victoria, de Buenos Aires, se ha estrenado recientemente, casi al mismo tiempo que en Madrid, la comedia de los hermanos Alvarez Quintero *La cuestión es pasar el rato*. Obtuvo un éxito excelentísimo. De ella dice el crítico teatral de *Caras y Caretas* lo siguiente: «La Compañía Serrador-Mari ha ofrecido el estreno de la nueva comedia de los fecundos é ingeniosos hermanos Alvarez Quintero, titulada, un poco equivocadamente, *La cuestión es pasar el rato*. Porque, en verdad, nadie en ella trata de «pasar el rato», ni tampoco el espectador, desde el momento en que la acción empieza

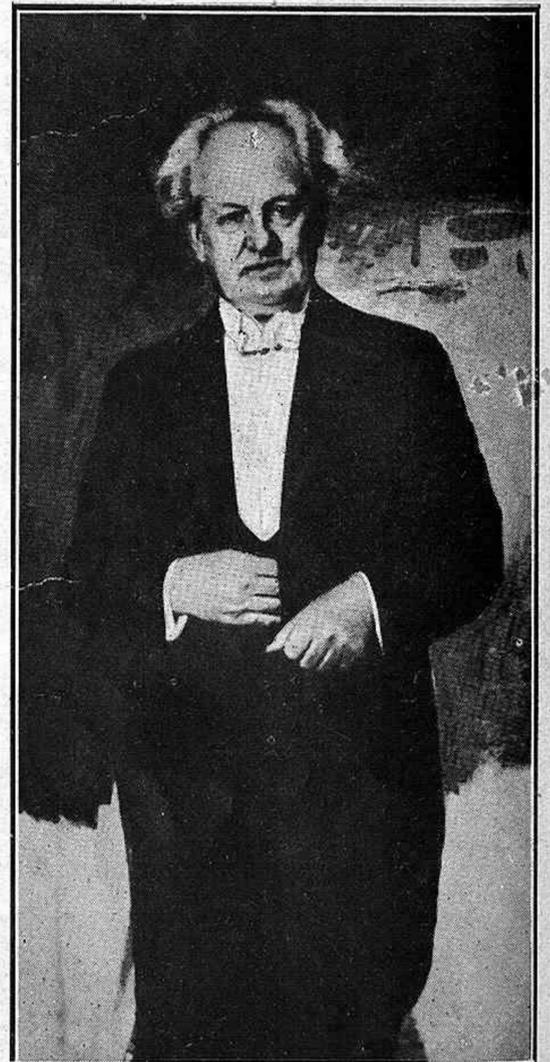
por interesarle, y luego le encanta, y á ratos le entenece, y termina por adueñarse de su corazón, infundiéndole esa extraña simpatía afectuosa que saben los autores despertar para sus protagonistas, siempre dulces y nobles. Quizá pudo haberse evitado la crueldad inútil en la pintura de algunos caracteres—como la dipsomanía de doña Dicna, la madre de Marta Rosa, ó el innecesario timo de Fuendetodos, con su sablazo final sin consecuencia—; pero tal vez quisieron dar carácter de realidad vivida á su ficción, y las escenas de Corita Bravo y de Fofita, las del magnífico egoísmo de don Ismael, ó las propias con-

fidencias de Fuendetodos, que sólo contrastan con el anhelo de sinceridad y de ternura, de amor y de poesía, que empapan el alma de Marta Rosa, bien pudieron substituirse con un retrato más firme y minucioso de don Zoilo, el barón de los Maizales, cuyo dinero abundante origina tanto conflicto.

Desarrollada en escenas graciosas, tranquilas, teñidas de agradable poesía, la comedia ha sido puesta en las tablas con acertada propiedad, y en ella se destaca la delicadeza expresiva de la señorita Serrador, la excelente y fina naturalidad de la señorita Juana Ferrer y las plausibles cualidades de las señoras Mari, Josefa Serrador y Alpuente, y señores Serrador, Navarro, Mendoza, Boiso, Rivas, etc.»



Londres.—Las dos primeras figuras del Lyceum de Londres, miss Dorothy Seacombe y miss Blanche Tomlin, en una escena de teatro infantil en la obra interpretada durante las fiestas de Noel



Ultimo retrato de Gerardo Hauptmann, el ilustre escritor alemán (Fots. Agencia Gráfica)

# BOULEVARD

**L**A *Canción de Montmartre*.—En Montmartre, maculado por el tópico internacional y por las ofensivas del rastacuerismo de todos los pueblos, se conservan, no obstante, los perfumes más rancios de la tradición. La *Place du Tertre* es el ara en la que se rinde á París un culto inmortal. La *Place du Tertre*, silenciosa, húmeda y accidentada, es tibia como los hogares y hasta un poco solemne. En la *Place du Tertre* se oye píar á los gorriones los días de sol, y la risa del agua sobre las piedras los días de lluvia. En sus ámbitos se despereza voluptuosamente la honda vibración de la gran campana del *Sacre Cœur*, que cañonea París todas las mañanas y todas las tardes.

Montmartre ha ofrecido ahora á sus *gosses* la ilusión de un gran Arbol de Noel. El Arbol de Noel de Montmartre no se parece á ningún otro. Es el más desinteresado y el más infantil. Rodéanle el bombero y el guarda campestre y los *grisetos*, que son las ilustraciones desaparecidas del cuento cotidiano. Esta vez, además, cuidó de los niños *Chocolate*, el payaso de color que sabe reír como los negros de los ventrilocuos y que rinde á la pista tradicional su tributo de lente-



Una recepción en el Elíseo.—Los representantes extranjeros, Quiñones de León, Diamandy, Chapowsky, Maglione y el Nuncio de Su Santidad, después de la entrevista con M. Doumergue

podía quedarse sin este goce típico. Después de todo, un embajador, con su uniforme y con su pecho constelado, es cosa tan infantil como un juguete. En la vida nada aventaja á nada ni á nadie. El destino es en realidad quien cuelga y descuelga de un árbol de Noel á los hombres y á las cosas.

De un modo ó de otro, la visión de estas recepciones que se brinda la República á sí propia constituyen ejemplos saludables. Ved cómo se destacan en la Corte presidencial el Sr. Quiñones de León, M. Diamandy, embajador de Rumania, y dos representantes de Su Santidad. Es decir, los símbolos menos republicanos de Europa. La revolución rusa no tiene, en cambio, quien la represente en el Elíseo. Es posible que en el transcurso de los años también las Repúblicas soviéticas se hayan podido constituir una corte conservadora. Así, Dios cuide de que la República Francesa no se desembarace de la suya á merced de una cuarta revolución. Porque ya hemos visto que lo único que puede cambiar es el centro de la órbita. Los hombres han vertido su sangre por una palabra.

*El automóvil impertinente*.—Después de los trabajos de un matrimonio deportivo que estuvo durante diez días dando vueltas sobre la ruta circular de Monthlery para entrar en posesión de no sé cuántos *records* del mundo, he aquí

otro que puso por obra hazaña semejante para ganar una apuesta de cien mil francos.

Estos han corrido durante una semana, conduciendo un coche casi imperceptible. En realidad, quien debe de enorgullecerse de la aventura es el cochecillo. Si estas aventuras se renuevan, los *cinco caballos* van á ponerse irresistibles de vanidosos. Hasta ahora los coches que se exhibieron en Monthlery eran máquinas imponentes y hasta mortíferas. Lo que pagaba el «buen público» por entrar en las tribunas era la verosimilitud de una catástrofe. Desde el momento en que tales prodigios están á merced de los automóviles que pueden conducir las señoritas, ya no tienen ninguna importancia.

En todo caso, tales automóviles se han hecho impertinentes. A fuerza de sentirse adulados, se figuran que tienen verdadera significación heroica. Se han convertido en artilugios demasiado intelectuales ó simplemente demasiado humanos. Este de ahora, sin duda que se creyó igual al planeta entero, ya que, como él, hubo de girar en una órbita invariable. Cuando al fin se paró, es posible que se figurara llegado el fin del mundo. He aquí á lo que conduce á las máquinas el mal ejemplo de los hombres.

CEFERINO R. AVECILLA

París, 1928.



Los esposos de Deeley, que han «rodado» sobre la pista de Monthlery durante diez días y sus noches

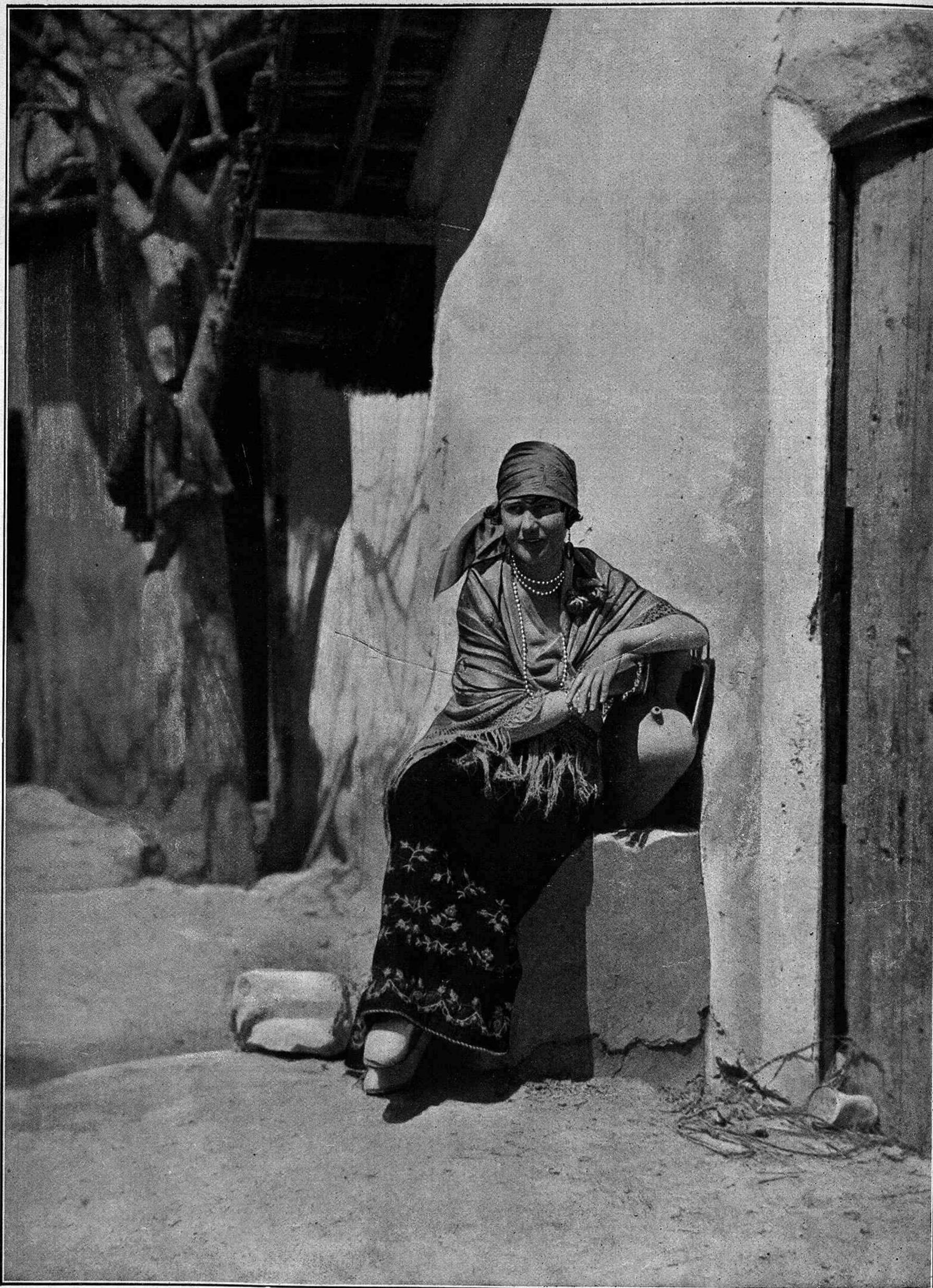
juelas. *Chocolate* es un clown montmartrois. El circo Medrano sin *Chocolate* ya no es el mismo. Por fortuna para sus admiradores—gentes recién despiertas á los deslumbramientos del mundo—, le acaban de encontrar en la *Place du Tertre*. Es el juguete mejor de los que el Padre Noel ha ofrecido á los *gosses* de la colina sagrada. El juguete unánime y múltiple. En realidad, la vida no da principio hasta que los payasos dejan de hacernos reír. Quiere decirse que *Chocolate* es la felicidad.

*La Corte republicana*.—El año político principió en la República con una gran recepción de diplomáticos. Realmente, la democracia no tiene un lugar en el Elíseo. Es absurdo que los orígenes de estas recepciones puedan hallarse en una revolución y en una guillotina flordelisada. En las recepciones del Elíseo, lo único que se echa de menos, para evocar la Corte francesa, es un rey.

Los demás accesorios continúan integrando los mismos prestigios solemnes: Uniformes. Espadines. Condecoraciones. Capelos. Sotanas de color de púrpura. Escolta espectacular. Etiqueta. Protocolo. Ante todo eso cabe preguntarse si merece la pena de hacer tres revoluciones y de derramar copiosamente sangre de todo color. La brillante farandola dorada está constituida por los adornos que cuelga el Padre Noel del Arbol nacional. El señor Presidente de la República no

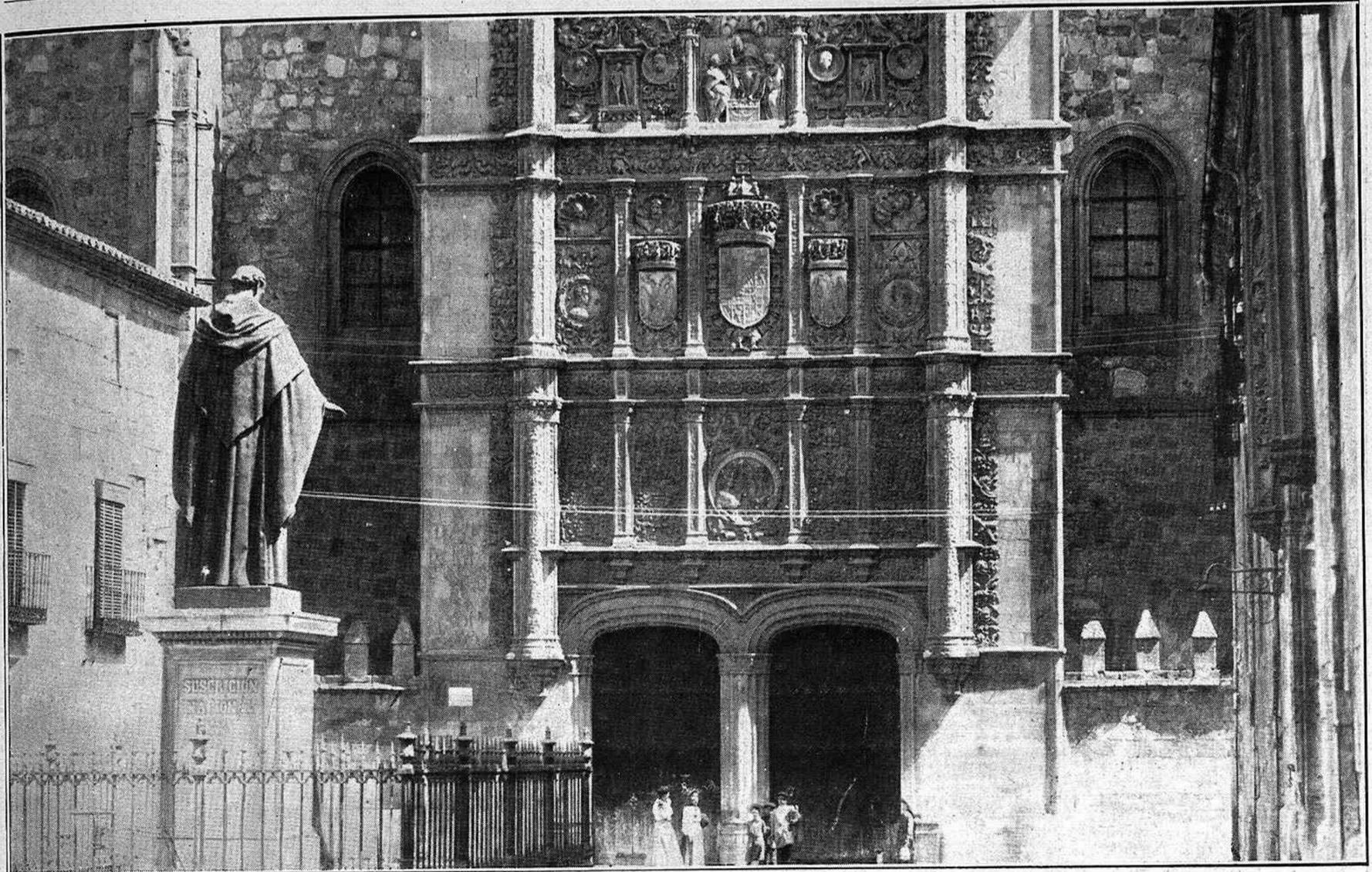


Los niños de Montmartre con los juguetes que les ha traído el Padre Noel



Como una nueva encarnación de «la moza del cántaro», esta Venus alicantina, que aún conserva la tradición en su típico atavío, parece sonreír también esperando al amor...

(Fot. Mendosa Ussia)



Universidad de Salamanca

El prisionero lleva más de seis meses de reclusión en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid. Una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo de pincel disimulan la desnudez de los muros de la celda; sobre la mesa, unos libros de piadosa meditación—San Bernardo, San Agustín, el *Tratado de la Oración*, del maestro Granada—, constantemente abiertos, ocupan y solazan las horas del poeta. A pesar de las calamidades y miserias del encierro, gusta el agustino «de tal quietud y alegría de ánimo», que ha de recordarlas después, en las horas de libertad, cuando vuelva á gozar del trato de los hombres que le son amigos.

Separado de las envidias, el fraile escribe pedimentos al fiscal y á los jueces, y largos y terribles alegatos que sirven de contraprueba á los cargos que le acumulan sus enemigos y calumniadores. A veces quiebra en estos escritos la ecuanimidad del prisionero. Una ironía sangrienta, un apóstrofe violento, un inciso desdenoso flotan sobre la superficie tersa y bruñida de su estilo. Entonces el fraile, asustado del huracán de sus propias pasiones, que creía acalladas, torna al comercio y á la lectura de su glorioso padre San Agustín; al trato de las musas; á la evocación del paisaje que abrió brechas de luz en las tinieblas de su espíritu vacilante y congojoso.

¡El paisaje! Mejor bálsamo es en «sus malencónias y pasiones del corazón» que la cajita de polvos que para él confecciona, con exquisito amor, la monjita de Madrigal, Ana de Espinosa. El buen maestro comienza á escribir, con su letra grande y clara, el peregrino tratado de *Los Nombres de Cristo*. Marcelo, Sabino y Juliano departen en la quinta de la Flecha.

Desde la celda del Santo Oficio evoca fray Luis el apacible retiro de su Orden. Cuando comienzan á cesar los estudios en Salamanca, allá á las vueltas de San Juan, por las postrimerías de Junio, plácele al maestro retirarse como «á puerto sabroso» á la soledad de la granja que tiene su monasterio en las orillas del Tormes.

Muy cerca de la ciudad está la granja. A la caída de la tarde, desde el altozano del Rollo, las torres de Salamanca se encienden en festival de luz. Las catedrales son dos ascuas de oro. Las piedras se tornan rojas, y de los campos, rojos como las piedras, brota un canto de fecundidad. Los rumores de la sazón se quiebran y embotan en la huerta grande de la Flecha. El desconcierto y desorden de los árboles «hace deleite en la vista». Hay en ella frescura y sombra de parras. Una pequeña fuente, que nace de la cuesta que tiene la casa á las espaldas y que entra en la huerta por aquella parte, corriendo y saltando como un adolescente, «parecía reirse», nos dice el prisionero.

Desde la fuente se columbra una alta y hermosa alameda. Y más adelante el río, «hinchiendo bien sus riberas», tuerce el paso por la vega, formando un semicírculo. Los oteros del Arapil, á la derecha, y las crestas de la sierra de Gredos, moteadas de nieve, más arriba, encuadran la decoración de las tierras paniegas, de las ringleras de olmos y de las mansas lomas de Aldealengua. Y con la hora fresca, el día sosegado, el cielo purísimo y la fuente correntona y saltarina—allá por San Juan, cuando cesan los estudios y se interrumpe hasta la otoñada—, los tres frailecos, «asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados», sonríen de puro gozo y comienzan á departir.

•••••

Y ahora, rimando versos desde el calabozo de Valladolid, recuerda y evoca el paisaje de Madrigal el poeta. A la entrada de Madrigal, frente por frente á la puerta de Arévalo, tienen otro convento los agustinos, sobre la llanura pelada, polvorienta y pajiza. En los días claros se perciben desde él las torres de la Mota de Medina, los manchones cárdenos de las viñas de Nava, los campanarios de Fontiveros, de Cabezas del Pozo y de Barcial, la sombra de unos pinares que se inician al norte.

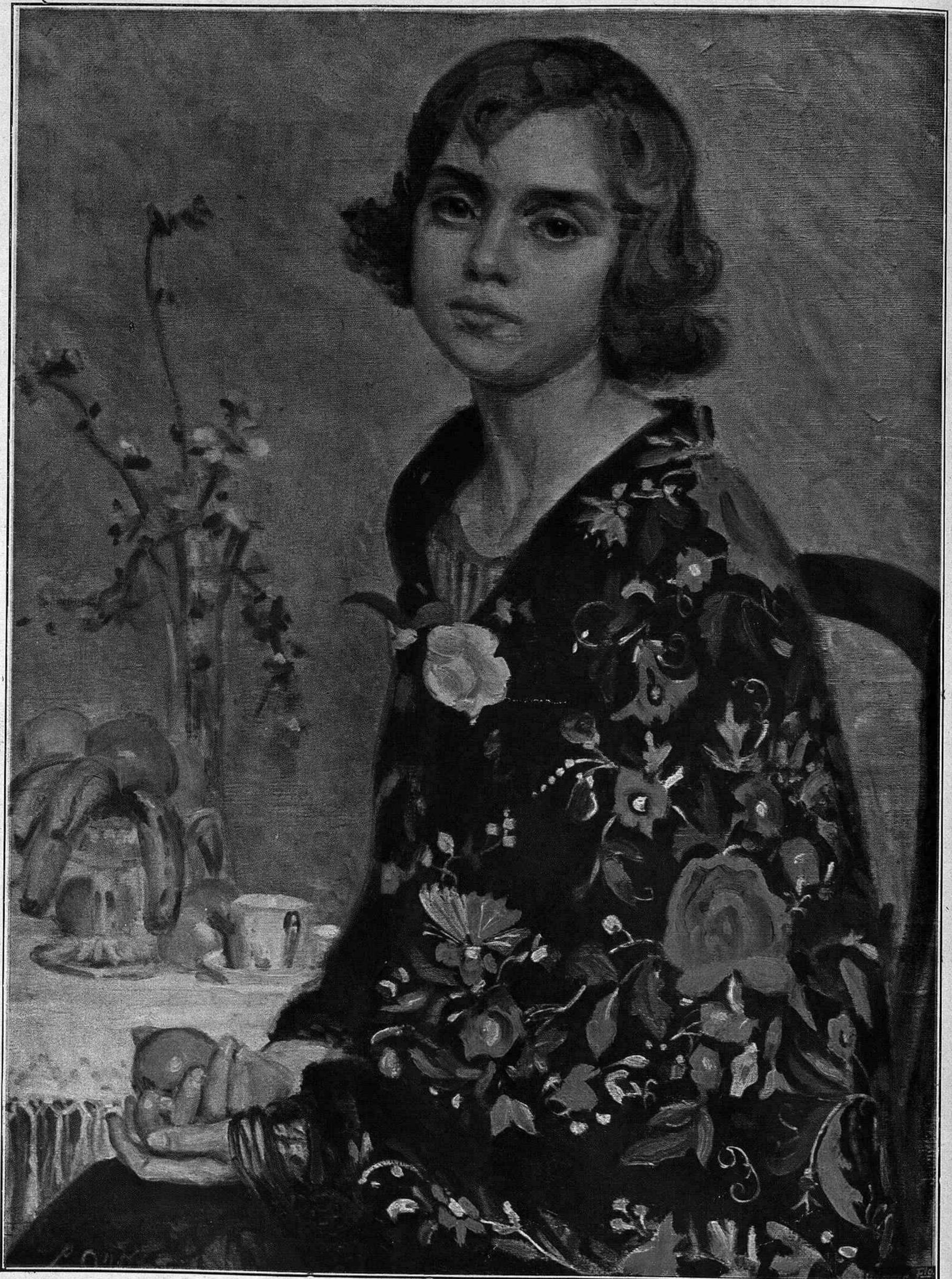
Desde las ventanas de los monjes se divisa

media Castilla. El paraje es el más alto de toda la planicie alta; los vientos riñen sus batallas más duras en Madrigal y aúllan de dolor y de impotencia ante sus almenas, rompiendo las tejavanas, tronchando los sembrados, helando las tierras, haciendo crujir los recios portones de pino y cayendo las casucas de adobes que inútilmente se refugian al cobijo de las murallas.

En Madrigal ha visto el poeta el aire que se turba en el verano; los días que se vuelven negros y grises en el otoño; el polvo cegador que surge del suelo y se eleva furioso hasta los aires. Y ha oído la canción melancólica del viento marzal que prolonga el sonido de las campanas durante largo rato, y la del aire de Mayo, portador de lluvia, que beben los terrones apelmazados con alegría, y el norteño de Junio—granizo y piedra—, que barre las cosechas, angustia á los labriegos y recoge á los bueyes espantados debajo de las tenadas, y el helado de Diciembre que hincha los collados, desborda á los ríos y enfurece y solivianta á los arroyos.

En la *Oda á Felipe Ruiz*, el poeta, libre de las ligaduras de la prisión, quiere volar al cielo para contemplar la verdad pura. No piensa holgar en él hasta no descubrir pacientemente «el principio propio y escondido» de todas las cosas, del asiento de la tierra, de los límites de los mares, de los cebos y abastecimientos de los ríos, de las fraguas de los rayos, de las señales del movimiento de los mundos que ruedan por el espacio. Y al evocar el mundo grande, tiene delante de los ojos la visión de la fría y ancha llanada avileña, donde él ha de morir una tarde de Agosto; la visión de este páramo inmenso donde los espíritus, helados como los cuerpos, no se preguntan hoy por los principios de las cosas, sino por sus finalidades concretas é inmediatas; la visión de este pobre rincón de Castilla, donde sigue soplando «el gállego insano» y donde los remolinos del sucio viento no nos dejan ver las estrellas que alumbran desde lo alto.

José SANCHEZ ROJAS



LA PINTURA CONTEMPORANEA

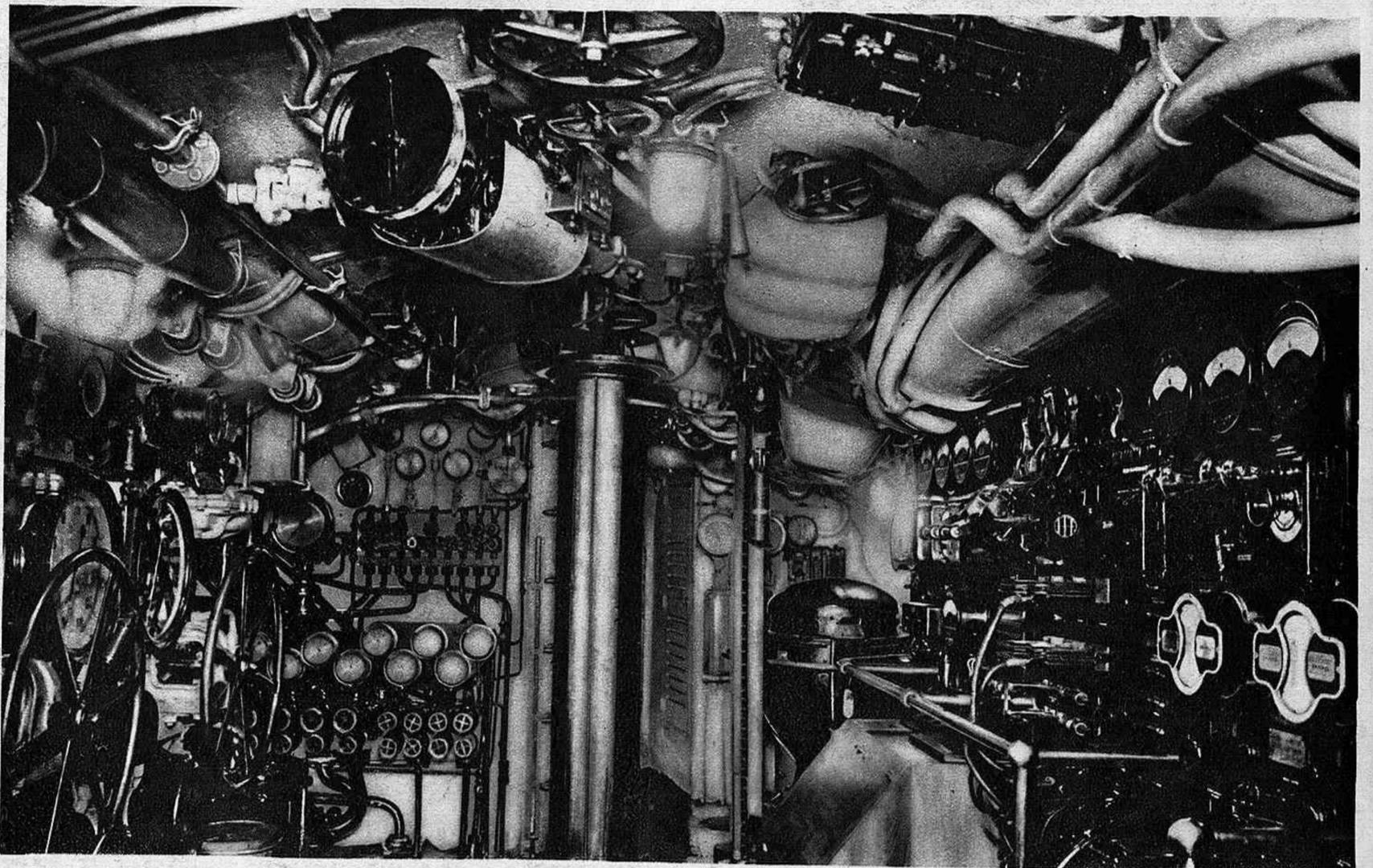
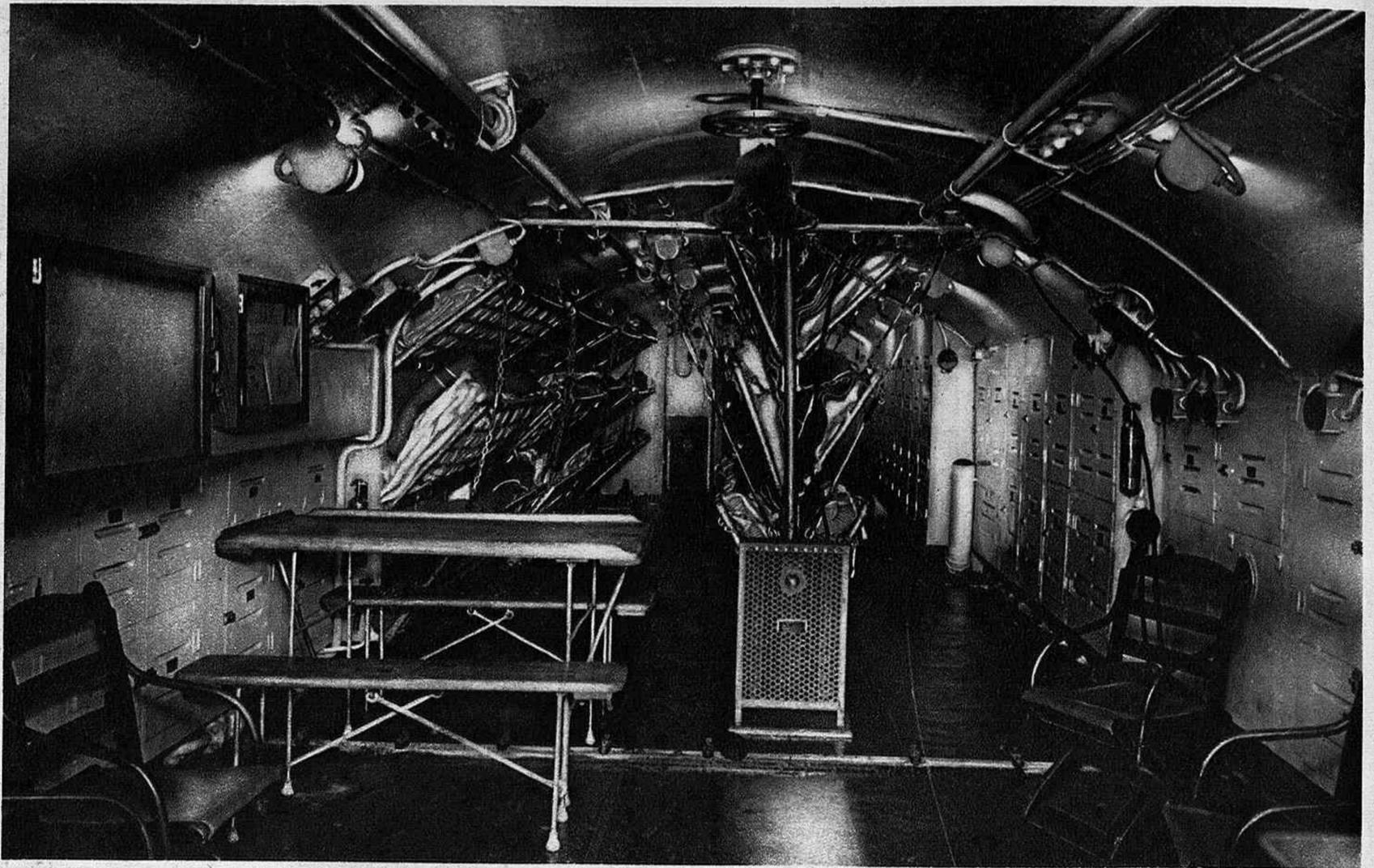
«Ingenuidad», cuadro original de Leandro Oroz

# LAS ESTRELLAS DEL TEATRO DEL SILENCIO



Ese dinamismo, constantemente renovado, que es la característica del «film», influye en todos los aspectos de la cinematografía. Para saciar la avidez universal de los espectadores, cada día se inventan nuevos procedimientos y se realizan esfuerzos gigantescos. Y al par, cada día también, surgen nuevos nombres de artistas que la enorme difusión de la pantalla populariza inmediatamente: tal ha ocurrido ahora con Doris Dawson, flamante estrella de la Paramount, cuya belleza finalmente espiritual luce en esta página

# EL HUNDIMIENTO DEL SUBMARINO «S-4»

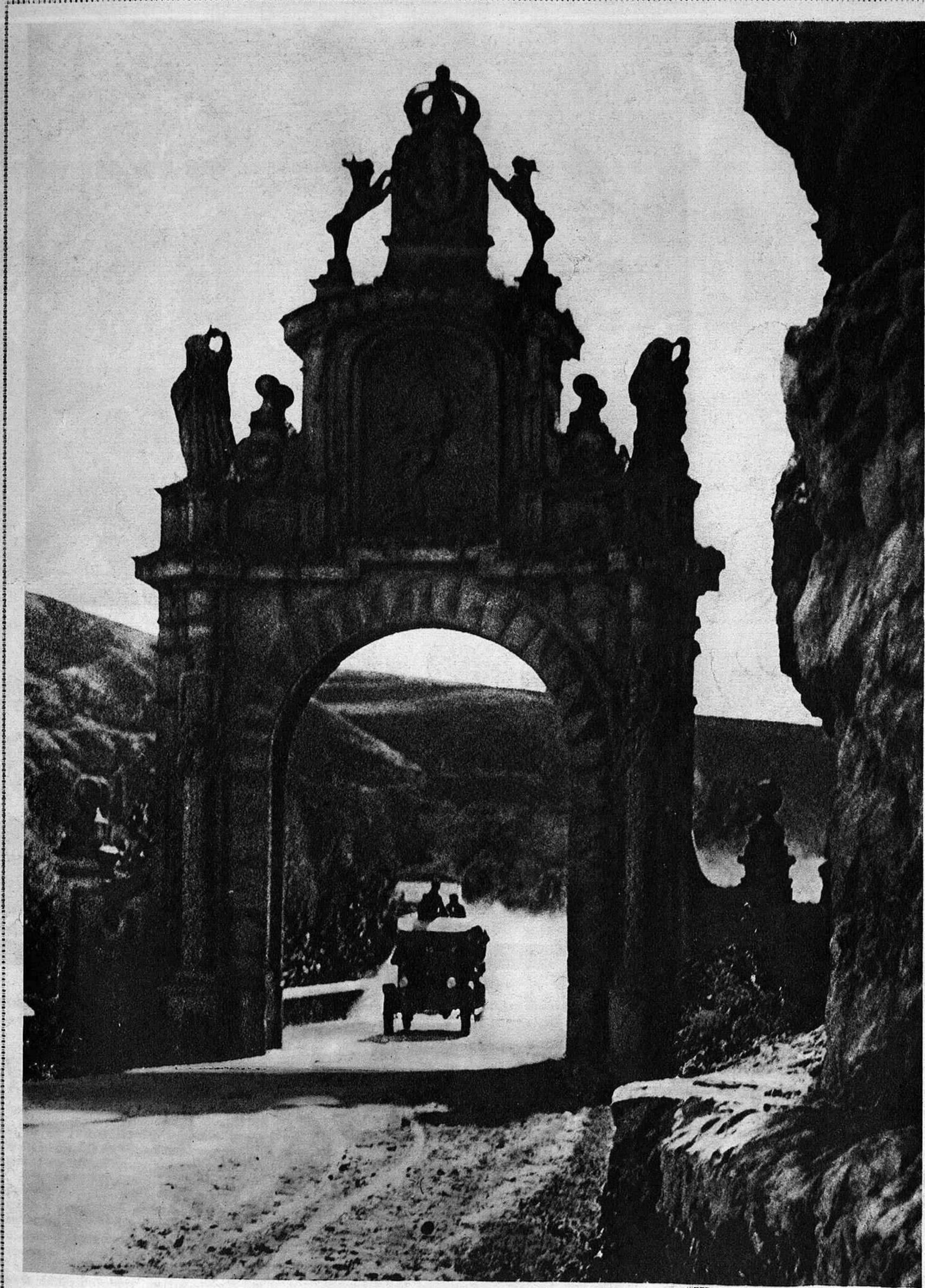


Arriba: Departamento de la marinería en el submarino «S-4», naufragado hace pocas semanas en Princetown (Massachussets), á consecuencia de una colisión con el guardacostas «Paulding». En esta parte del buque sumergido fué donde se hallaron asfixiados doce de los tripulantes del submarino al realizarse las operaciones de salvamento, desgraciadamente infructuosas

Abajo: La cámara de gobierno del submarino «S-4», en la popa del barco, permitiendo apreciar la fotografía la extrema complejidad de los mecanismos directores en las naves sumergibles. Este departamento del submarino, esencial para su mantenimiento á flote, fué el que sufrió mayor daño en la trágica colisión con el guardacostas «Paulding»

Fnts. Ortiz

# E S P A Ñ A A R T Í S T I C A



BIBLIOTECA  
MADRID

Una admirable puerta de Segovia

(Fot. J. M.ª Mendoza Ussía)



Los personajes de la farsa sobre los bellos fondos reales: las tiples Celia Gámez y Loló Trillo y el actor Labra evocan una escena dieciochesca en un jardín madrileño.

(Fot. Walken)

TEMAS QUE VUELVEN

¿LA FOTOGRAFIA ES ARTE?

UNA vez más—es cosa periódica, como casi todas las discusiones estériles—se ha vuelto a presentar el arduo problema: «¿La fotografía es un arte?»  
 Cabría plantear una cuestión previa que nos llevaría demasiado lejos, y cuya conclusión final sería, probablemente, esta: las cosas son o no arte no en sí ni *pre se*, sino según quien las maneje. La pintura, la música, la escultura, son artes, bellas artes, por añadidura; pero, ¿no es cierto que, á veces, no lo parecen?  
 Lo interesante no es el arte, sino el artista, y en fotografía ¡hay artistas también!  
 Si esa verdad no hubiese sido verdad mucho antes, hubiera comenzado á serlo el día en que

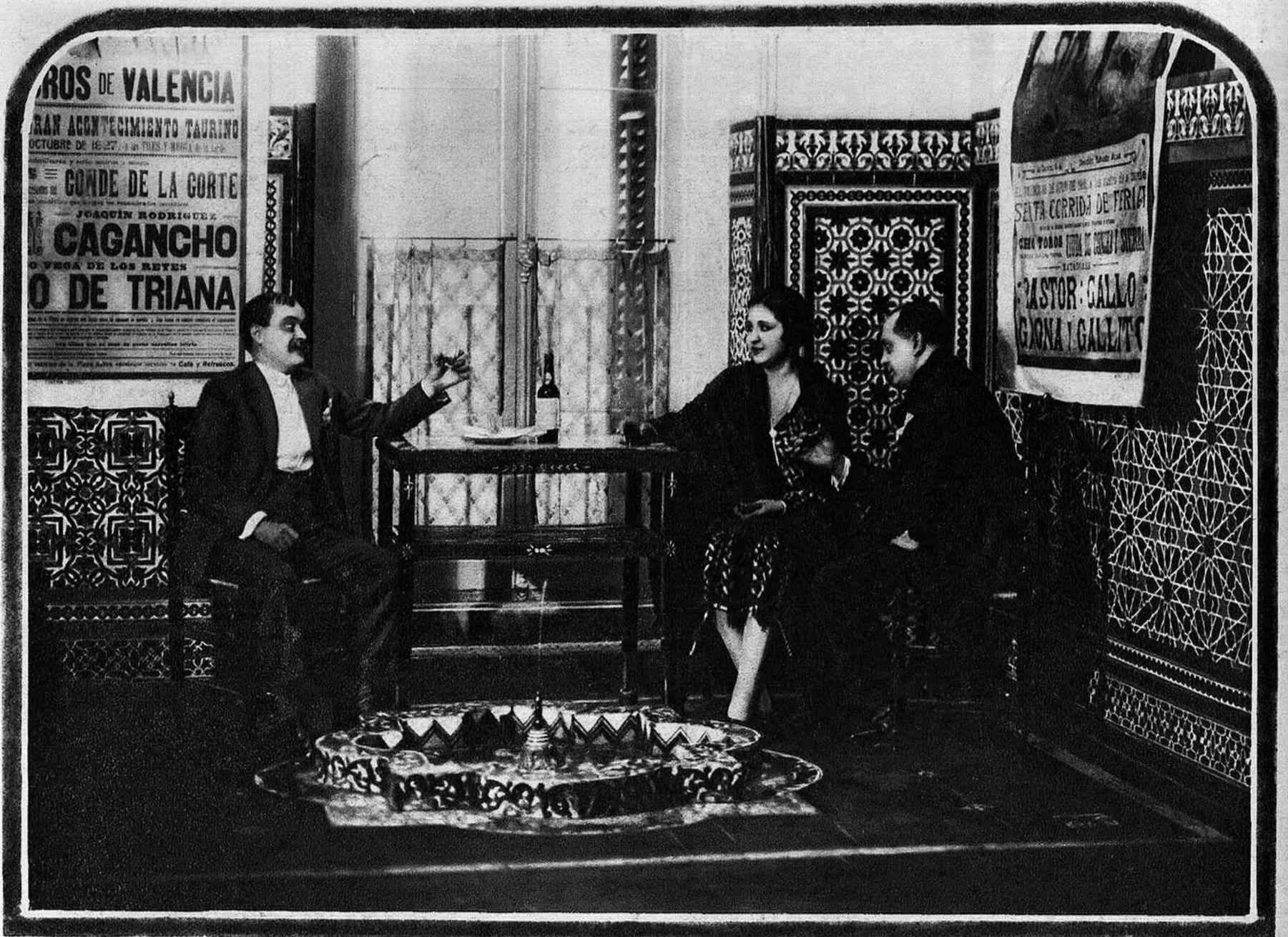
nació el cinematógrafo; sin fotógrafos artistas, el *cine* ni hubiera existido ni tendría razón de ser.  
 Toda la belleza de una película depende de cómo haya tratado el asunto el fotógrafo; no el fotógrafo, en la mínima acepción de la frase, el que hace mecánicamente una fotografía, el que mueve la manivela de la máquina y manipula después el cliché, sino el que *compone* sus cuadros, como puede componerlos un pintor.  
 De esta función esencialísima del fotógrafo se ha hecho una profesión aparte, es cierto: el *metteur en scène*; pero esa división del trabajo, esa taylorización no es argumento en contra de nuestra afirmación; no una película, con todas

sus complicaciones demandadoras de un especialista, el más sencillo de los retratos basta para percibir la diferencia entre el fotógrafo artista y el que no lo es.  
 Zola fué terminante: «El arte es la realidad vista á través de un temperamento.»  
 La realidad de un sujeto fotografiado parecerá muy distinta en la fotografía—sin acudir á los artificios de retoque—según el temperamento del fotógrafo que la hizo.  
 Un fotógrafo artista, como un pintor artista, ve la realidad de modo distinto que un hombre vulgar por muy fotógrafo ó muy pintor que sea, y, por añadidura, la ve después, por un fenómeno de pura imaginación, tal como se siente

capaz de crearla; ve la realidad, pero ve al mismo tiempo la imagen de ella tal como su mente la concibe.  
 En ese fenómeno de anticipación está, por lo menos, la mitad de la labor artista y, desde luego, lo esencial, lo sublime de ella. Lo demás es la técnica, lo que puede lograrse mediante el trabajo, que acrecienta también lo fundamental para ver bien é intensamente la realidad es necesario educar la vista; para *prever* la imagen es necesario educar la imaginación, y esto es verdad para la fotografía como para cualquiera de sus hermanas mayores las bellas artes consiguientes.  
 Para pintar con los pinceles es necesario saber manejarlos, y esta es la técnica de la pintura;



Loló Trillo y el actor Labra, vistos por Walken en una escena de «La deseada»



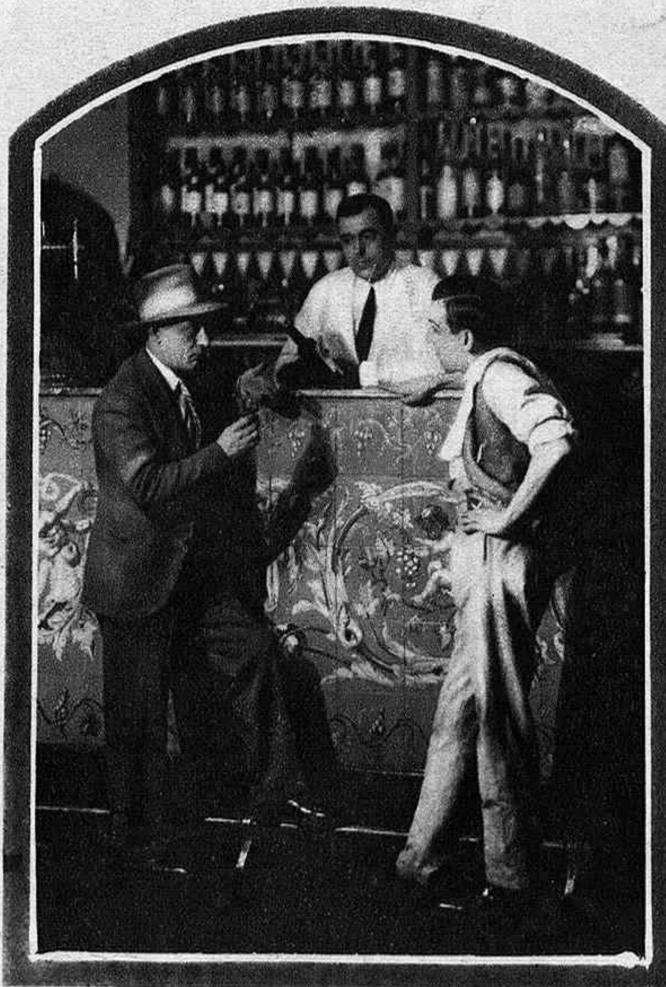
Las escenas del teatro trasladadas á la realidad: Carmen Díaz, Rafael Barden y Gaspar Campos viven una escena de «Los mosquitos» en un auténtico «colmao» andaluz

para hacer fotografías es necesario pintar con la luz, saber manejarla, y esta es la técnica de la fotografía artística. Ver la realidad á la mejor luz y saber cuál será el efecto de las «pinceladas» de esa luz en la placa ó en la película, es la condición fundamental del fotógrafo artista.

Una obra escénica que todos podemos ver no tiene para todos el mismo valor emotivo, ni, ateniéndonos á nuestro problema, el mismo valor óptico: las fotografías corrientemente usuales que muestran escenas de las obras de buen éxito tal como las «ponen» los cómicos, tienen, evidentemente, un valor documental; pero á ese valor puede sobreponerse un valor artístico que nada quita al documento si es el fotógrafo el que pone las figuras y las da, además, un fondo apropiado. Cada escena entonces puede llegar á ser un cuadro perfectamente artístico.

Para la emoción de belleza que ese cuadro puede producir, no importa cuál sea la obra dramática, buena ó mala, del día ó de trajes, es igual; lo importante es que el fotógrafo haya sabido percibir en ella momentos con belleza y que su obra los reproduzca bellamente.

No hacemos aquí crítica teatral, y no juzgaremos, por tanto, el valor de *La deseada*, de Palencia y Ardavin, que en Sevilla logró excelente éxito, ni el de *Los mosquitos*, uno de los mejores y más justificados triunfos de los hermanos Quintero, que aún llena Lara; pero es visible la diferencia de carácter entre ambas obras, y, sin em-



Walken, el excelente artista fotógrafo, ha reproducido, en un ambiente real, este otro momento de la obra quinteriana: un momento que se supone pasar fuera de la escena...

bargo, los grabados que ilustran estas páginas demuestran que con ambas pueden hacerse fotografías artísticas: cuadros de caballete ó cuadros de género; obras de arte, en suma.

En la interpretación fotográfica de *Los mosquitos* se ve claramente cómo se pasa de una mera reproducción de la escena vista á la escena imaginada; á la ampliación que el cinematógrafo reclama para que toda acción la obra dramática se traduzca en ambientes, escenas, actitudes y gestos que sustituyan á la palabra en el «arte mudo».

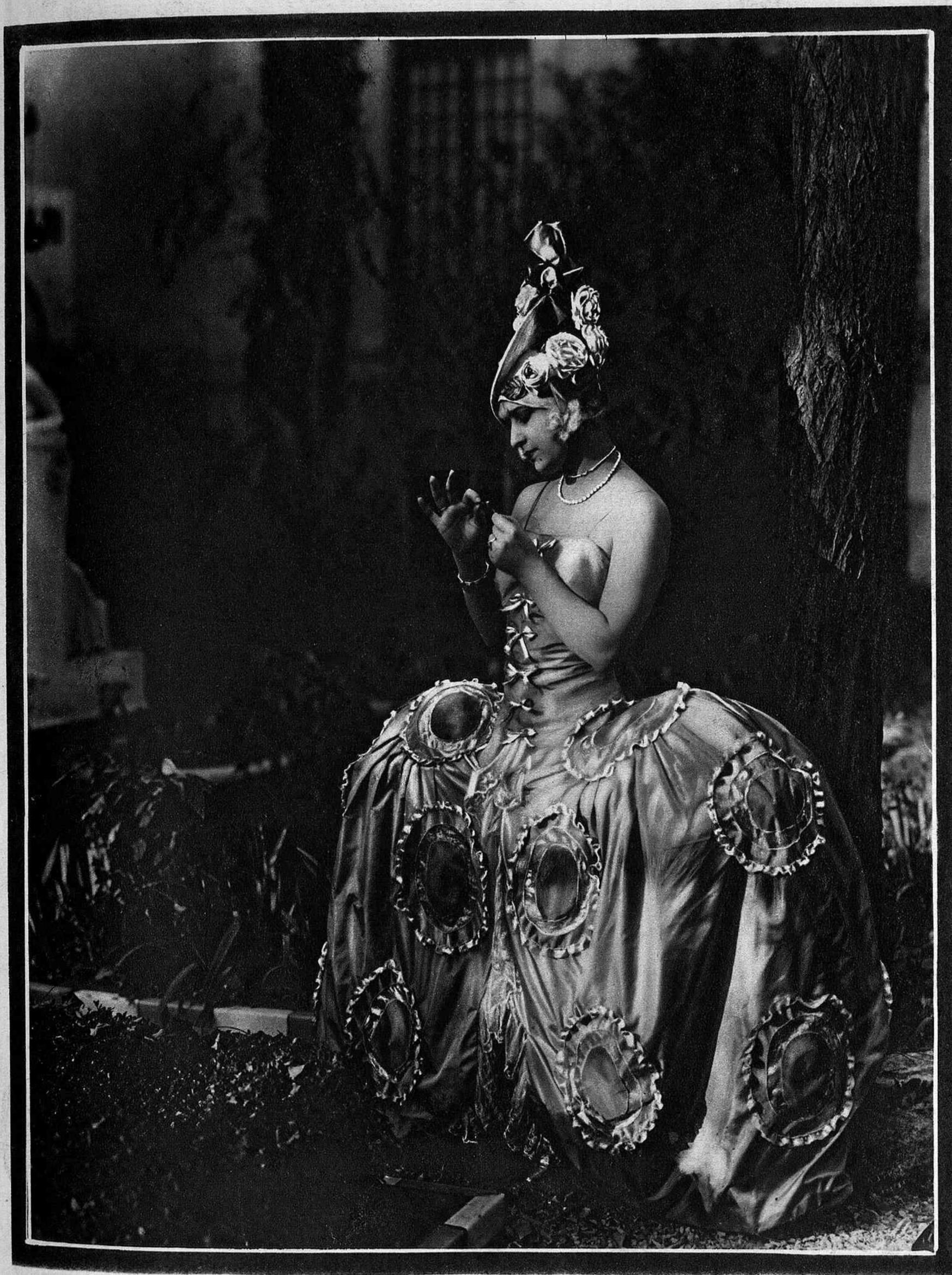
Uno de nuestros grabados representa una escena ante el mostrador del «colmao» en que transcurre la acción de *Los mosquitos*.

De esa escena se habla en el libro de la comedia; pero la escena no se ve. Al llevar *Los mosquitos* al cine, sería necesaria, y el fotógrafo, presuponiendo esa necesidad, la ha compuesto y la ha reproducido.

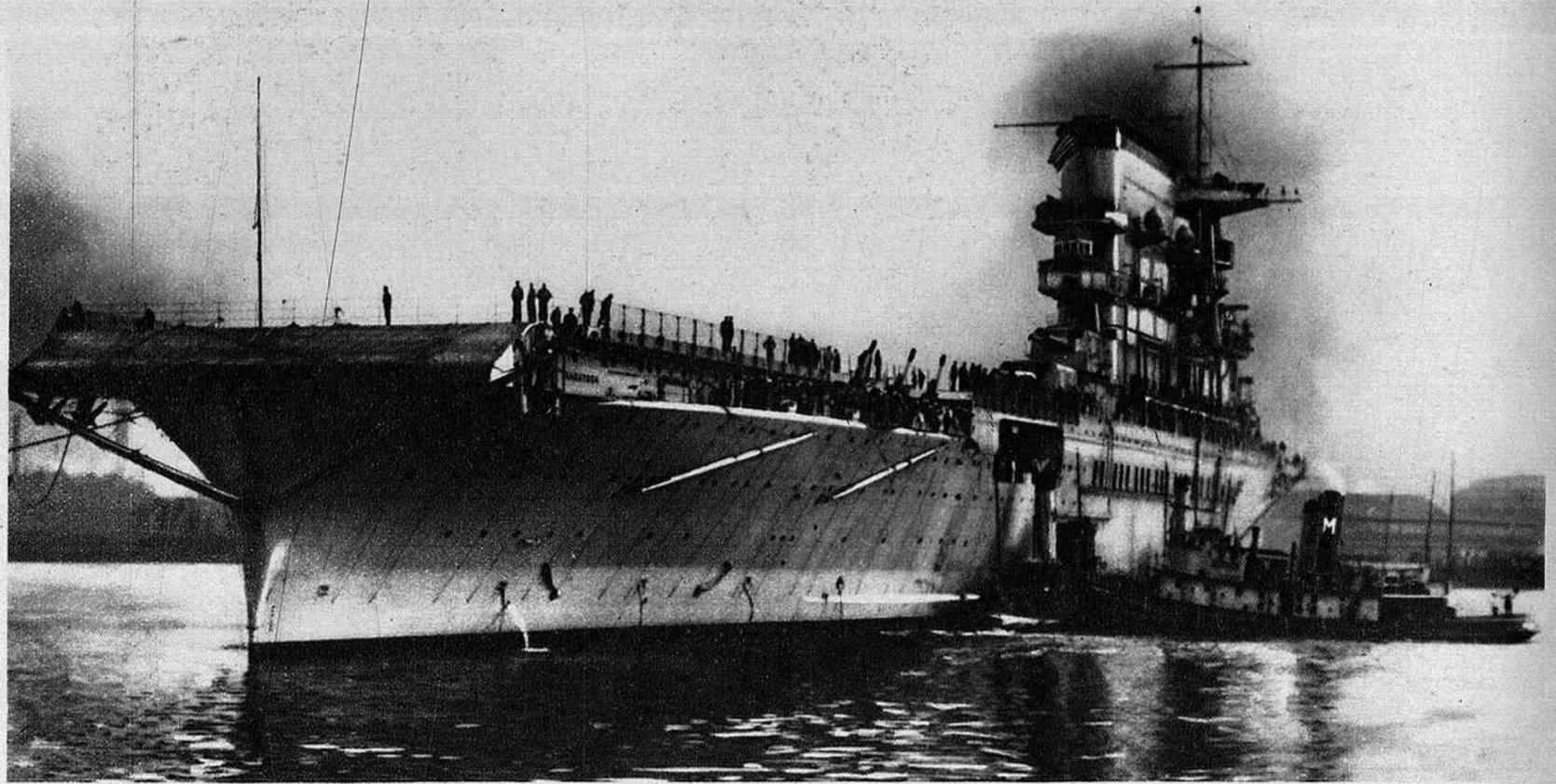
Las fotografías de *La deseada* muestran cuánto pueden ganar en idealidad las escenas de una obra cuando el fotógrafo las interpreta artísticamente. La belleza, un poco materializada—si vale hablar así—por el género que cultiva, de Celia Gámez, aparece en uno de nuestros grabados llena de idealidad; describir esa idealidad, penetrando en lo íntimo de las cosas, es labor de artista.

La misión del arte, la primera misión, al menos, es la de producir emoción. Las fotografías pueden reproducirla, y por eso puede decirse que la fotografía es arte.

# EL ARTE DE LA FOTOGRAFIA Y EL TEATRO



Celia Gámez en su interpretación de «La deseada», sobre un escenario auténtico  
(Retrato obtenido por el notable artista fotógrafo Walken)

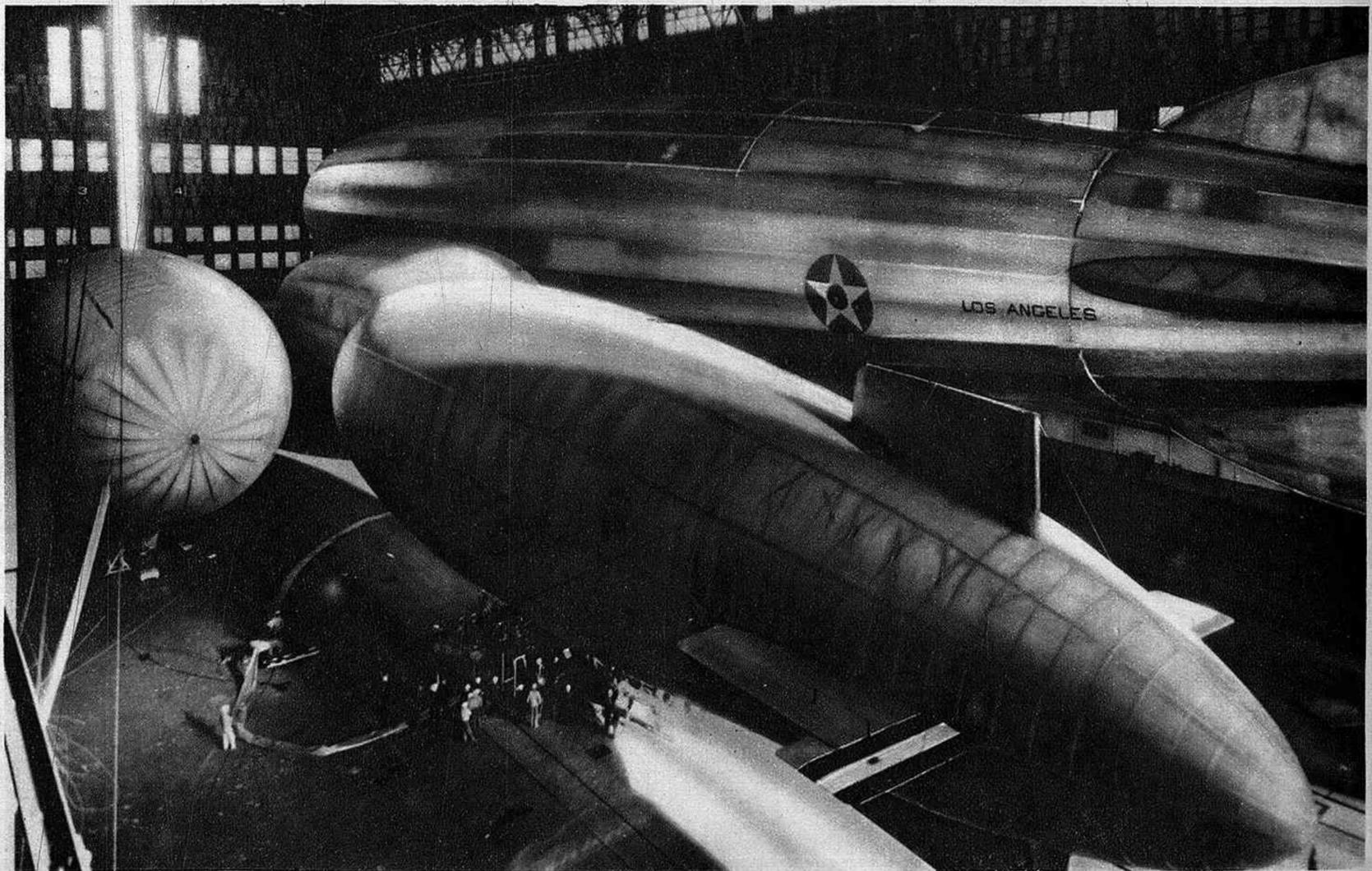


El nuevo navío de la marina de guerra norteamericana, que dispone de una amplia plataforma para aviones. El «Saratoga», que ha sido botado recientemente, ha costado treinta y cinco millones de dólares y desplaza treinta y tres mil toneladas

Inevitablemente, el aire y el mar—en proporción infinita aquél, tres cuartas partes mayor éste—avanzan sobre la tierra, á la par que el progreso de las ciencias, la audacia y la infinita ambición de los hombres... Urania, Ceres, Neptuno... Aqué-

## LOS MONSTRUOS DEL MAR Y DEL AIRE

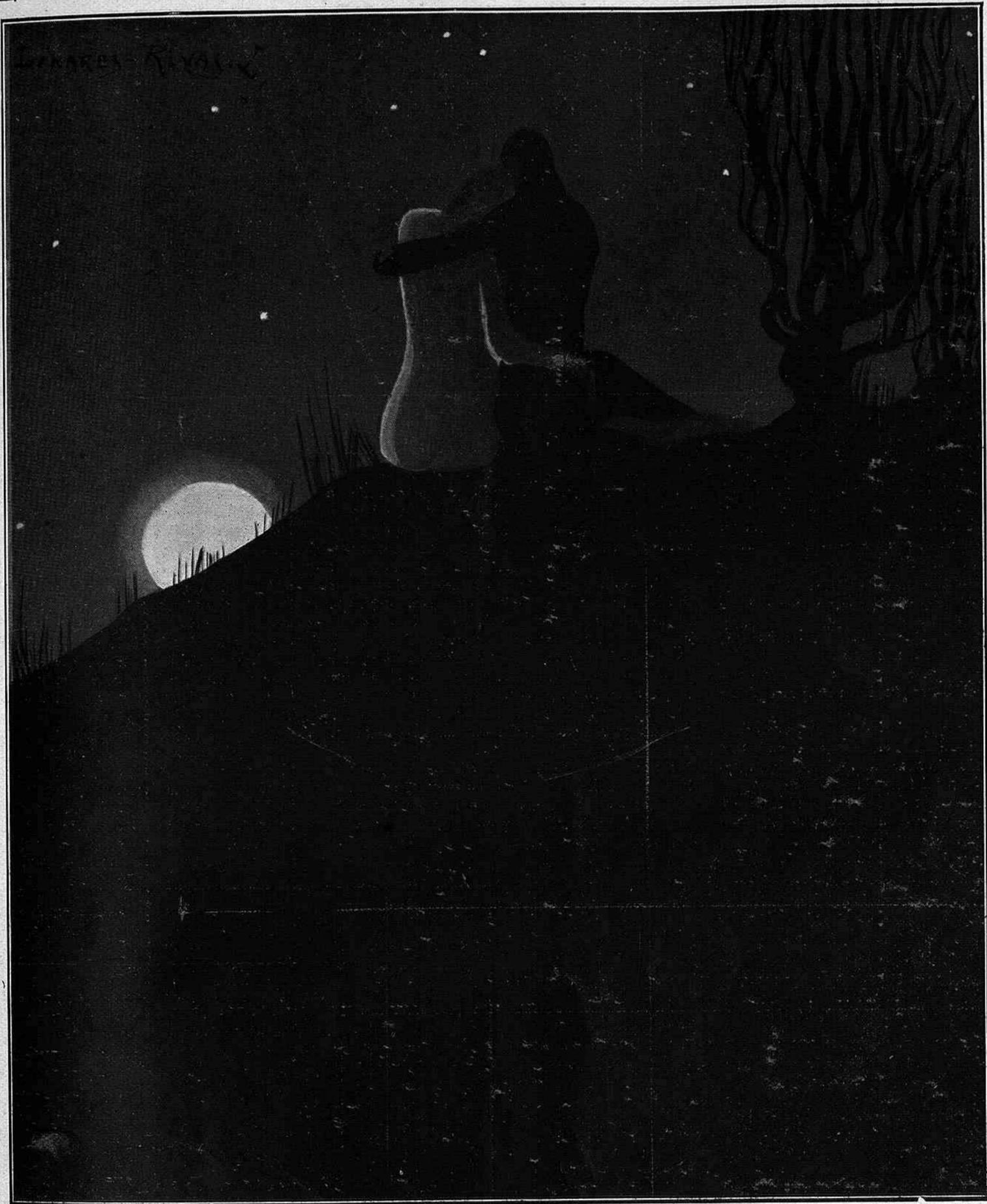
lla, nuestro minúsculo planeta, eclipsado bajo el creciente imperio de los mares y del espacio... Las notas gráficas que recogemos en la presente página son á modo de fehaciente testimonio del actual dominio del aire y el mar sobre la tierra.



El enorme hangar de los dirigibles estadounidenses en Lakehurst, cerca de Los Angeles, donde descansan los menos pesados que el aire, en espera de las grandes maniobras aéreas de conjunto

(Fots. Ortiz)

# EL BUEN MALEFICIO DE LA LUNA



**A**QUEL muchacho contemplaba el mundo desde la altura de su escepticismo adolescente, seguro de no caer en ninguna de las encrucijadas sentimentales.

Tenía la audacia uniforme de los sometidos á un credo estético recién nacido y, sin embargo, enfermo ya de las anteriores vejez de otras épocas. El y los de su complicidad espiritual habían abolido cuanto fué el tesoro emotivo de otras generaciones. Substituían la forma humana por intersecciones geométricas; el paisaje, por síntesis monocromas; la poesía, por imágenes sueltas y metáforas en libertinaje.

Al endosarse el traje negro; al sujetarse las gafas de carey falso; al intoxicarse de teorías ultramodernas, aquel muchacho, que creía ser lo que hoy día se entiende por «ensayista», había adquirido el compromiso de no emocionarse nunca y de no amar con la eterna simplicidad sexual y sentimental que todos los hombres hasta la aparición del cubismo en pintura y el metaforismo en poética.

Y, lógicamente, eligió para posible interlocutora de diatribas contra los fueros del corazón y de apóstrofes contra el romanticismo de las sucesivas generaciones advenidas antes de la postbélica del siglo xx,

el desdoblamiento externo de su ambigüedad asexual: Una muchacha medio hombre por fuera, así como él era un muchacho medio mujer por dentro. Cambiaban cigarrillos y revistas de corto tiraje. Usaban el mismo número de calzado y se prestaban mutuamente la máquina de afeitar y las ideas.

No necesitaban amarse. Entre asistir á conferencias de cualesquiera idiomas, donde se barajaban siempre los mismos nombres de falsificadores de la novela, la poesía ó la pintura; entre aguantar concierto de música profunda y arrítmica, no les quedaba tiempo para tal fute-sa, digna de horteras y modistillas.

Pero una noche que se rezagaron del grupo universitario que salió al campo en plena primavera para escuchar una lección relativamente práctica sobre geología, la luna les salvó, á pesar suyo.

En lo alto de un cerrillo, su doble silueta trazó á contraluz el grupo apasionado y ¡romántico! del eterno amor, que no sabe que hasta los bípedos del ensayismo y la metáfora perdura y compensa de ser su detractor superintelectualizado.

FORTUNIO

# EL ARTE DE SOÑAR EL CINE, BUEN ALIADO DE LA FANTASÍA

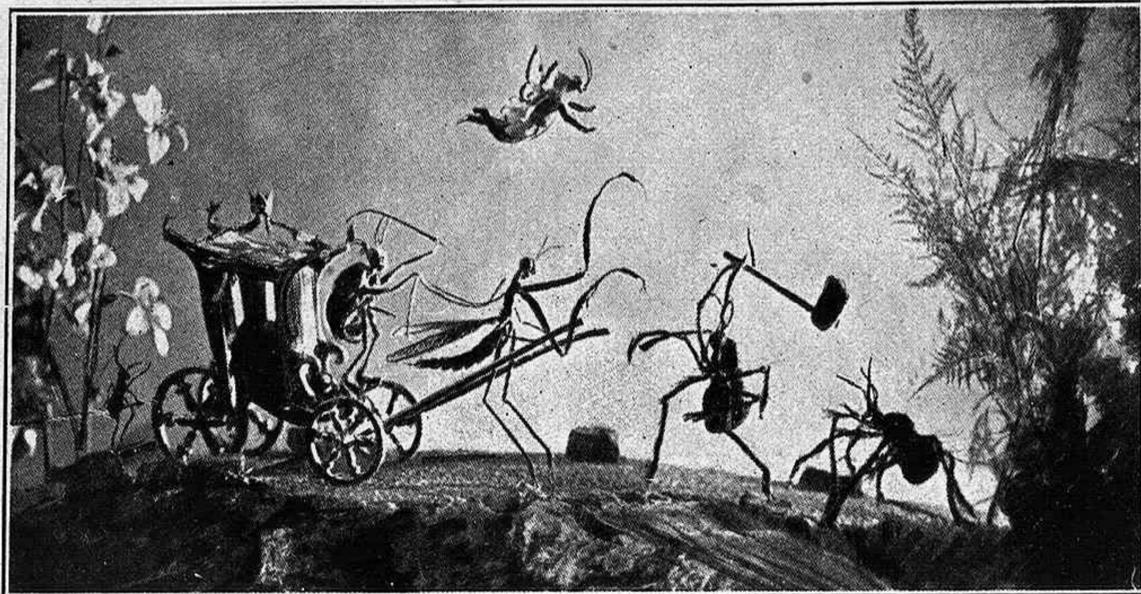
Es acaso en estos días, entre los del año agonizante y el año recién nacido, cuando al hombre le acucia el deseo de infantilizarse y seguir al niño por «aquel camino que olvidaron los que han dejado la infancia detrás de sí», como afirma Kipling.

Siente más que nunca la necesidad irresponsable de soñar, de darle á su pensamiento y á sus ojos espectáculos maravillosos y fantasías feéricas. Es la época en que las exposiciones de las librerías se componen casi exclusivamente de obras de literatura infantil, donde las aventuras, los viajes y las

hechicerías dan pretexto á ilustraciones sugestivas; la época también de las comedias de magia, de las revistas escénicas á base de episodios múltiples, desligados, que no obligan á la coordinación lógica. Es, sobre todo, cuando se justifica más que nunca aquel deseo que Tolstoi observa en sus *Memorias* como bella condición del hombre maduro.

«¿Por qué—dice el autor de *Ana Karenine*—cuando yo era niño trataba de asemejarme á los grandes, y desde que soy grande he tenido frecuentemente el deseo de ser semejante á un niño?»

De aquí, del convincente fracaso que no deja de reconocer el hombre inteligente en sus intentos de captación, de coacción mejor dicho, intelectual y sentimental sobre la niñez, ha surgido el propósito contrario de invertir los términos. Es el hombre quien estudia y aprende del niño; es el niño quien reforma al hombre. Vuelve á ser



La ilusión del cuento en la plasticidad de la pantalla. Las mensajeras del Rey de las arañas sorprenden la carroza de la Reina de la Primavera en el film «La Reina de la Primavera»

hijo de sus hijos y á explicarse en el milagro blando, alegre y veraz de la niñez cuánto hay de misteriosamente salvador en el fondo de nuestra conciencia y en los resortes viciados de nuestra volición. Diríase que las modernas teorías pedagógicas y estéticas refutan—sin despojarse del íntimo fervor, de la ternura envolvente que supone—la exhortación cristiana. No pide que se consienta acercarse á nuestra alma envejecida, ensombrecida y fatigada el alma, toda luz y gozo de ser, de los niños. Suplica como el don mejor que se la deje ir hacia ésta para contemplar en éxtasis las maravillas recobradas del mundo y sentirse frente á ella reflorcer de nuevo.

Sigue siendo de los ingleses, de quienes nos llega la sencillez apasionada de soñar cosas imposibles dentro de las grises horas cotidianas. Son ellos, desde su isla populosa, empapada de brumas, los que sugieren y esparcen la ansiedad

ó en torno de los que quisieran proteger. Va la profunda corriente de tal idealismo, de la cándida ficción del Robinsón Crusoe hasta las sarcásticas farsas de Bernard Shaw. Supone veraces las aventuras de Gulliver y ofrece á la tortura de irnos sintiendo más viejos, saturados cada día más de vulgaridad prosaica la accesible recondición de entrar por *La puerta verde* del famoso cuento de Wells, ó de ser atraídos con irresistible encanto hacia la isla que Barrie supone caída del cielo, y en la que una música sobrenatural no es interrumpida por las voces humanas ni la greguería de las aves.

Y en cuanto á la otra posibilidad del misterio, á la de los fantasmas y los seres sobrenaturales, no menos arraigada, se la encuentra en los motivos literarios, en los temas artísticos. En Shakespeare, el mundo de las sombras se mezcla al mundo real con una frecuencia trágica; en Conan Doyle pretende adquirir «estado

infinita de las islas llenas de luz y vacías de gente, el retorno á la simple vida no exenta del necesario infantilismo.

Y al mismo tiempo es igualmente inglesa la obsesión de los fantasmas, de los espíritus flotantes, como jirones de la niebla ultratélurica moviéndose en la otra niebla más perceptible y tan calofriadores como el presentimiento de que los muertos nos cercan para que no les olvidemos.

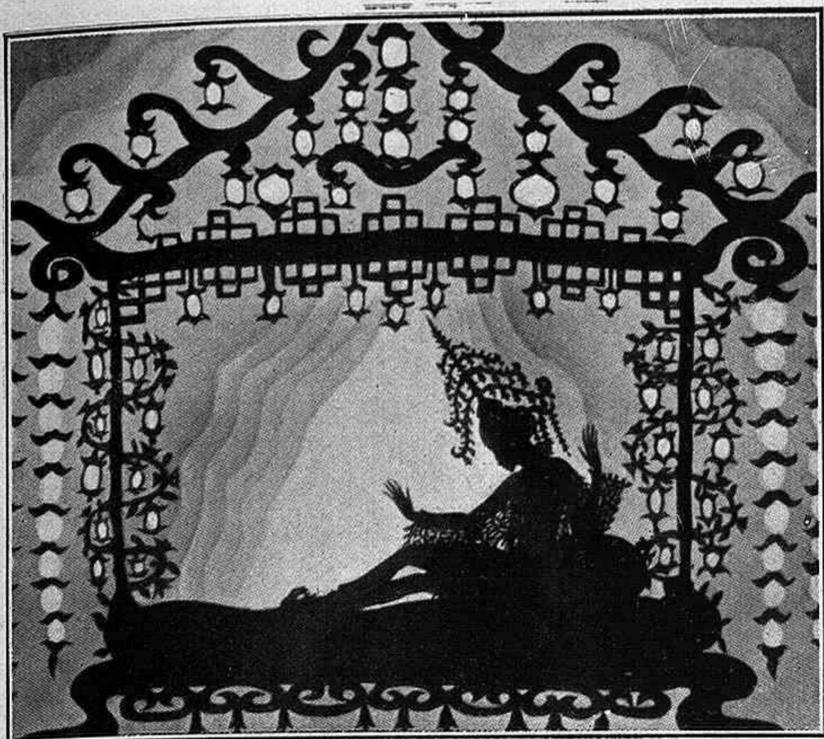
Se aceptan posibles el hechizamiento de la Naturaleza y la afectiva obstinación de los muertos por los sitios donde fueron dichosos



La escala del Cielo, cuadro pleno de fantasía en el film «La Princesa y el Violinista»



La impresión de terror del verdadero cuento. La vieja en el antro de la bruja. En la película «Las bodas de Rübzahl»



¡ Película trucada en la que sin actores se obtiene el máximo efecto fantástico. La protagonista en el «film» «Historia de la Princesa Achmed»



El Grillo visita en el rigor del invierno a la Hormiga. En la película «Embriaguez de juventud»

de ley científica»; en Dulac y Rackam posee la sonriente afabilidad de las hadas buenas, los silfos juguetones y las antropomórficas siluetas de los árboles, los rayos de luna, los arbustos inquietantes y las neblinas sutiles sobre los lagos, rosados por el crepúsculo.

Pero no son únicamente los ingleses: los alemanes, los rusos, los escandinavos. Conforme se asciende hacia el norte, la fantasía crece.

Los españoles no comprenden bien esta necesidad de soñar. Nacidos en una península radiante, abroquelados por la tradición heroicamente sanguinaria, y donde queda pronto eliminado el privilegio de la niñez por el crudo y áspero concepto de la educación, que se defiende contra la moderna pedagogía, encuentran innecesario el deseo de trasladarse á la isla de *Peter Pan* ó á la de *Mari-Luz*, nacidas de una misma fantasía.

Y, sin embargo, de nuestras llanadas manchegas surgió Alonso Quijano, el príncipe de los soñadores, y de un puerto español, con gentes, barcos y españoles zarpó hacia el Mar Tenebroso la más audaz ansia de aventura que les fué dado soñar—y realizar!—á un hombre.

Incluso aguardan, en regiones como la de Asturias, un tesoro inexplorado de leyendas, mitos y tradiciones, la mano del poeta, del dramaturgo, del narrador que se enriquezca haciéndole

suyo y divulgándole. Se vería entonces cómo superan á las más bellas de Germania y de Britania.

•••••

El cinematógrafo es ya un buen aliado de la fantasía ávida de infantilizarse.

El cinematógrafo supera á los relatos hablados ó escritos, por cómo añade al carácter peculiar de cada uno de ellos el del otro y además el suyo, amplio y múltiple cual la vida misma.

La sed de aventuras, lejanías y ensueño que mueve á las muchedumbres se sacia con la ingeniosa mentira, siempre existente, del *film*; adonde la imaginación multitudinaria no alcanza con auxilio de telones pintados é incorporaciones sucesivas de los actores familiares al espectador, el *film* ofrece la verdad ilimitada de los lugares distantes y las gentes cada día inéditas á la mirada.

Mientras el novelista, el cuentista, han de componer con frases la escena para sus anécdotas, el cinemista tiene á su servicio la Naturaleza misma, los personajes vivos, la luz de Dios y las luces del hombre.

No. Ciertamente, libro y drama no pueden resistir la lucha de su enemigo el cinema. Pero este enemigo pone generosidad en su victoria, y al modo de un conquistador de pueblos que no le

guían bajos móviles, hace fecundo el triunfo para los vencidos. Al autor dramático, al actor, al novelista, ocasiones mejores se les ofrecen de servir á la fantasía de los demás en una más bella, más aparentemente veraz y, sobre todo, más universal tarea.

Las muchedumbres enormes que colman las enormes salas del espectáculo cinemático, ya no les basta con oír la historia de amor, de guerra ó de aventura; menos aún se resignan á colaborar con su pensamiento en la sugerencia emanada de la lectura. Quieren y precisan la ejemplaridad viva de las actitudes, el vuelo infinito y sin trabas de la imaginación ensoñada, el fácil traslado á lugares opuestos, la inmediata elocuencia de los paisajes y los encantamientos visibles. Todo esto que palabras de escritor y colores de escenógrafo no alcanzan á expresar con tal realismo que la propia realidad reproducida con una máquina al servicio de un artista.

Y satisfacen, finalmente, así el sentido exacto de la curiosidad viril de lo que Nietzsche nombra madurez del hombre por haber recuperado la seriedad que tenía de niño en los juegos.

¡Bendita madurez que permite rebrotar, bellas y puras nuevamente, las dulces ó temerosas ensoñaciones de entonces!...

JOSE FRANCÉS

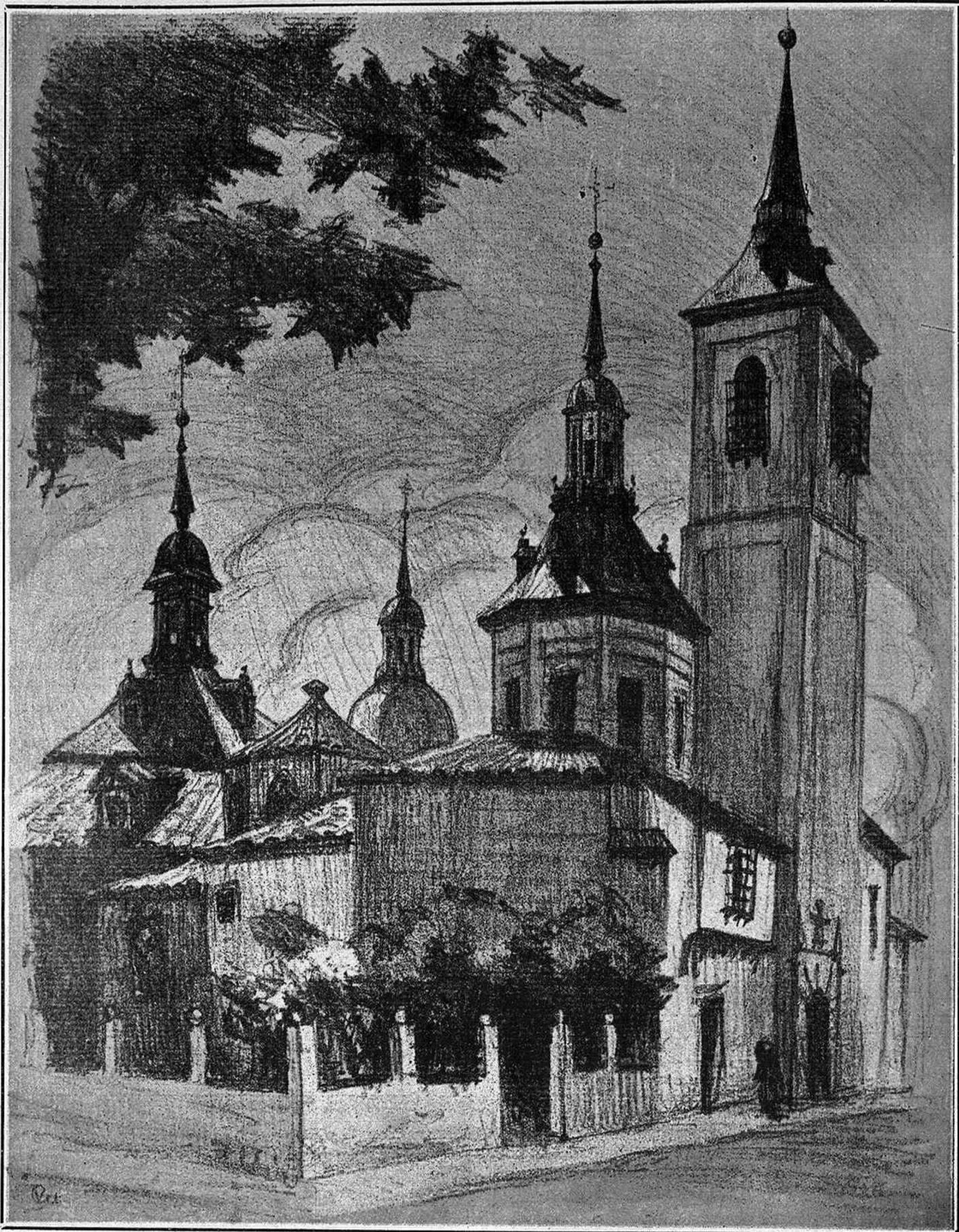


Y llegó la perversa Rana, pero la Reina de las Libélulas era más ligera y se salvó asiéndose al tallo de una flor. En la película «La Reina de la Primavera»



El mago chino en el jardín fantástico. En la película «La Muerte, cansada»

## LIENZOS MADRILEÑOS



## EL ATRIO DE SAN SEBASTIAN

¡Atrio de San Sebastián,  
que evoca la noche lúgubre  
del poeta capitán!

—  
Comedianta peregrina  
por la noble aristocracia  
de su genio y de su gracia,  
fué la hermosa María Ignacia,  
«la Divina».  
Del barrio de la Novena,  
la gallarda, la morena  
emperatriz;  
sol de la clásica escena  
por sus donaires de actriz  
y romántico lucero  
de brillo imperecedero

del poeta capitán  
que, cuando murió la hermosa,  
fué á robarla de la fosa,  
de noche, en la tenebrosa  
cripta de San Sebastián.

—  
Vieja estampa madrileña;  
plaza castiza y risueña,  
con rancias botillerías,  
damitas almibaradas  
y manolas descaradas  
de parla con los Usías.  
Blancas chorreras rizadas,  
chapeos de tres candiles,  
guardias valonas gentiles  
cortejando á las tapadas.

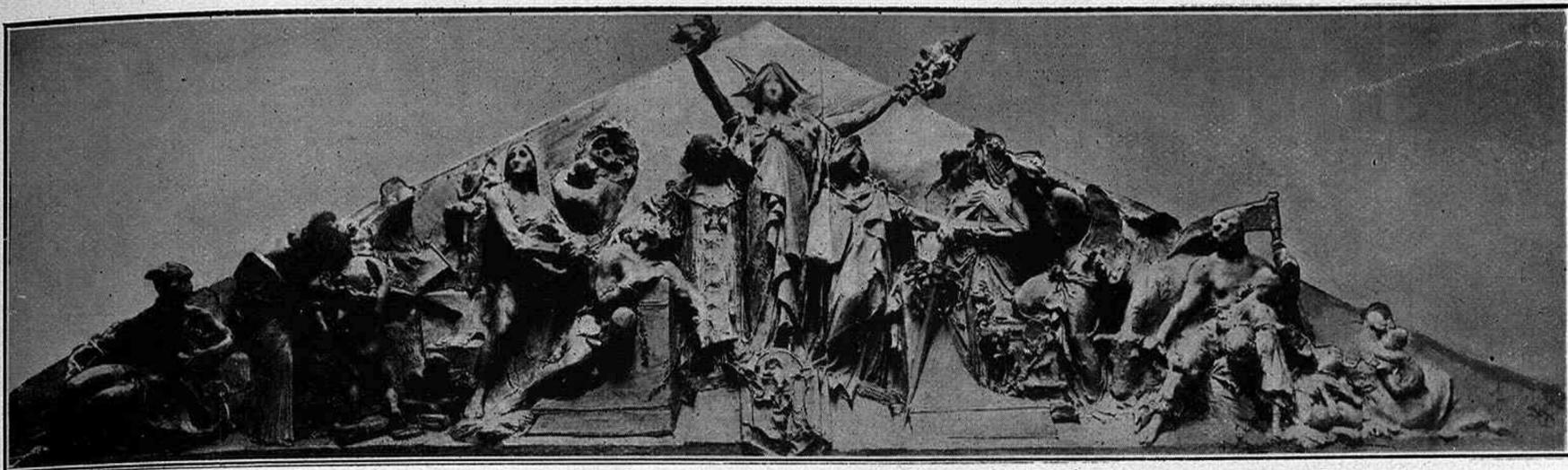
—  
Madamas de «medio paso».  
Pelucona y casaquín,  
bordadas chupas de raso  
de Iriarte y de Moratín  
que á «Filis» buscando van...,  
y al fondo del escenario,  
el atrio y el campanario  
ocre de San Sebastián.

—  
¡Barrio de los comediantes,  
con sus clásicos telones  
que aún suscita evocaciones  
de Quevedo y de Cervantes!  
Capilla de la Novena,  
con su Imagen Nazarena,  
ante cuyo camarín

—  
un galán Guardia de Corps  
dió en exvoto su espadín,  
y tomó humilde sayal  
por un suceso de amor  
brujo y sobrenatural.  
¡Cristo de las danzaderas  
y de las tonadilleras,  
á cuyas plantas divinas  
rezaron las peregrinas  
bellezas faranduleras!

—  
¡Atrio de San Sebastián,  
que evoca la noche lúgubre  
del poeta capitán!

—  
EMILIO CARRERE  
LITOGRAFÍA DE COBREROS URANGA



Proyecto de frontón

(Fot. García Díaz)

## LA ESCULTURA DECORATIVA

# ANGEL GARCIA

EN esa colección de notas que habían de servir para un apasionante estudio sobre *L'Art dans la Démocratie*, que encontramos en el sugerido libro *Ecrits et Lettres choisies d'Eugène Carrière*, hay algo que importa recordar por como fija claramente la misión del arte en cuanto asequible á todos y embellecedor cotidiano de la vida, y por como se le falsea imponiéndole un carácter restringido é intransigente de clase ó de grupo.

«Siendo el arte—dice Eugenio Carrière—una forma de reunión humana, no tiene fuerza sino cuando se dirige á todos los hombres. Pero no es á las costumbres de éstos (hijas de la depravación del bienestar ó á la violencia de las reivindicaciones producidas por la miseria) á lo que debe dirigirse. Su objeto es más amplio y no distingue de categorías sociales: el arte no ve, no debe ver más que al hombre en la Humanidad; el único interés que á todos les une.

¿No es acaso el arte como el verdadero Esperanto? ¿Por qué en el momento en que los hombres quieren crear una lengua universal (1), que responda á la universalidad de su pensamiento, se ha de pensar en un arte que distinga de clases y se dirija sólo á una en vez de todas? El arte ha sido siempre el signo de comunión universal. Antes que imponerle por un programa cualquiera una nueva servidumbre, es preciso restituirle su significación.

¿Cuáles son las causas que engañan á los artistas y les alejan del verdadero sentido del arte? Ante todo, la falsa idea primigenia de que el arte se enseña, que no es natural y que obliga al artista á informarse de otros hombres sobre cuál debiera ser su propio fin. Únicamente él puede responder á la pregunta, si esa pregunta se le hace directamente. Pero el artista no se da cuenta de ello, y se aleja cada vez más de esa idea conforme adquiere mayor habilidad en la forma de arte que le enseñan y se penetra del funesto concepto de que el arte es

el producto artificial de una cultura. Así, el artista desprecia al burgués para quien trabaja; al pueblo, por su grosería y su ignorancia, y acaba por no poder vivir más que en un pequeño círculo de hombres, donde se afina y acaba por secarse.»

He aquí un certero juicio que, á pesar de lo extenso de la cita, convenía relevar ahora al referirnos á un artista que precisamente eligió no el orgullo individualista, sino la aportación generosa á la obra colectiva; que procuró siempre abdicar de lo que pudiera serle motivo ó pretexto para una intervención en restringidos ambientes, y mezclarse, en cambio,

á las grandes corrientes humanas con el fervor que otro tiempo era condición de muchedumbres agrupadas para la producción y recibir simultáneamente la emoción estética.

Aparentemente, aquellas premisas de una exhortación al «arte humanitario», á la fusión del «arte en la democracia», que habían de ser luego desarrolladas por el propio Eugenio Carrière en el proyecto de una *Academia Popular de Bellas Artes*, parecen señalar al artista una condición de humildad obrera, una reintegración espontánea y sensible al alma limpia de los primitivos ó al anonimato de los constructores de templos y palacios antiguos.

Pero en el fondo hay un deseo más decisivo de obtener la singularidad limpia y pura como consecuencia de saturación en el esfuerzo común.

Y esta es, precisamente, una de las condiciones que definen la derivación decorativista de todo arte plástico cuando deja de ser simple producto de la contemplación del modelo ó de la naturaleza para transformarse en un prurito de ornato público, de educación estética.

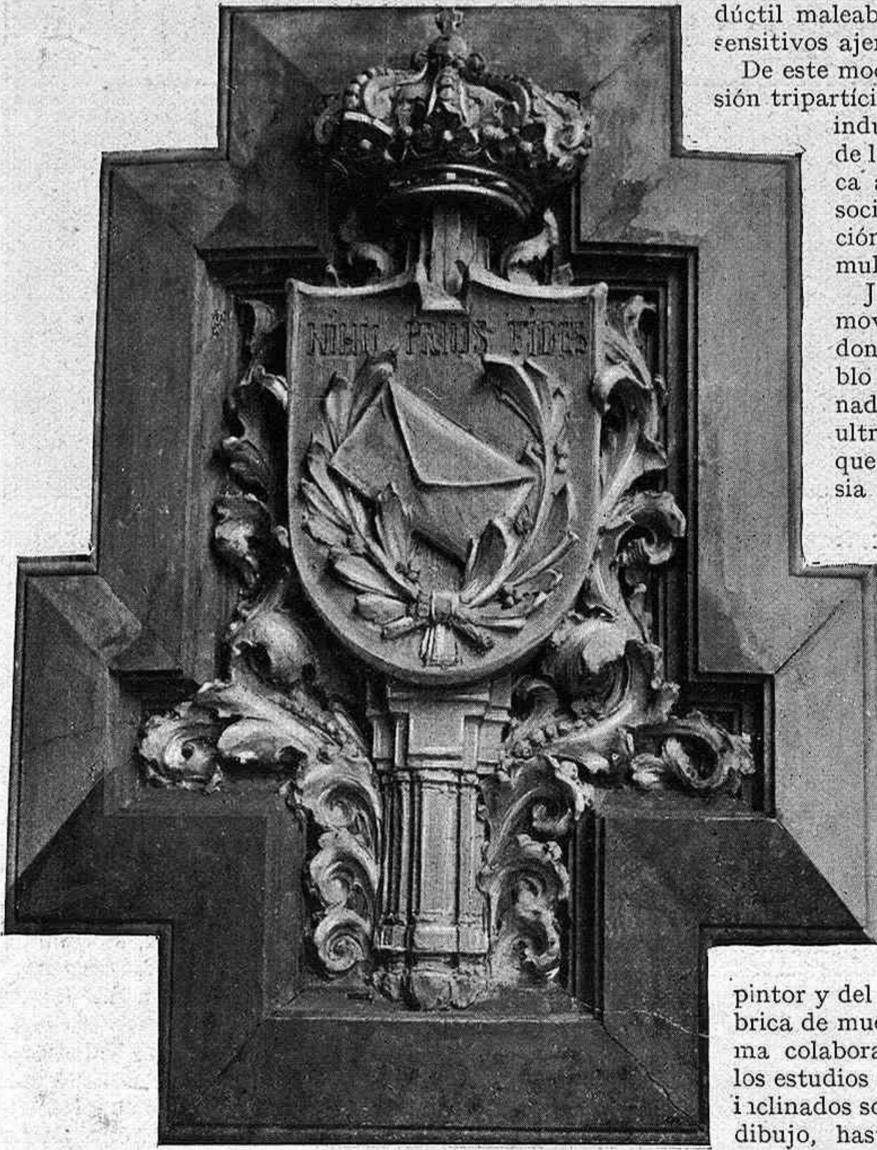
El arte, en nuestros días, se dilata y universaliza cada día más en ese carácter esencialmente decorativo.

Se encuentran en un esfuerzo fraterno y una aspiración común el obrero y el artista, el cerebro que concibe y la mano que ejecuta; la sensibilidad vibrante al destello de la fantasía, y la tarea



Uno de los grupos escultóricos que embellecerán el Palacio del Círculo de Bellas Artes (Fot. Cortés)

(1) Estas líneas se escribían en 1904.



Escudo para el edificio del Colegio Notarial de Madrid

(Fots. Cortés)

dúctil maleable á los dictados sensitivos ajenos.

De este modo se cumple la fusión tripartícipe de arte, oficio é industria, fin supremo de la aplicación estética al embellecimiento social y á la depuración artística de las multitudes.

Junto á los telares movidos á mano, y donde gentes del pueblo tejen telas imaginadas por dibujantes ultramodernos, diríase que alienta aquel ansia de William Morris por la restitución del arte á su simplicidad natural. Delante de los hornos donde los colores cerámicos vitrifican fantasías nuevas ó estilizaciones de temas y acordes clásicos, sobre las vasijas y los cacharros de armónica línea se encuentra la fraterna pareja del pintor y del alfarero. En la fábrica de muebles hay una íntima colaboración que va desde los estudios de los proyectistas, inclinados sobre sus tableros de dibujo, hasta los talleres de carpintería y metalistería. Y el orfebre que trabaja la joya menuda con un amor quieto, persistente y pacienzudo, y el



Uno de los caballos que decoran el puente sobre el Urumea

(Fot. García Díaz)



Pilono del nuevo edificio del Círculo de Bellas Artes

forjador que martillea sobre el hierro con la gallardía hercúlica que le representan algunas viejas estampas, símbolos gráficos de los oficios eternos, y el fresquista encaramado en su escalera rostro al muro, y el escultor en lo alto de su andamio, golpeando con el cincel la piedra que engalanará perdurable silueta arquitectónica, rostro al muro ambos en la actitud y la tarea de los narradores plásticos del catolicismo y la paganía...

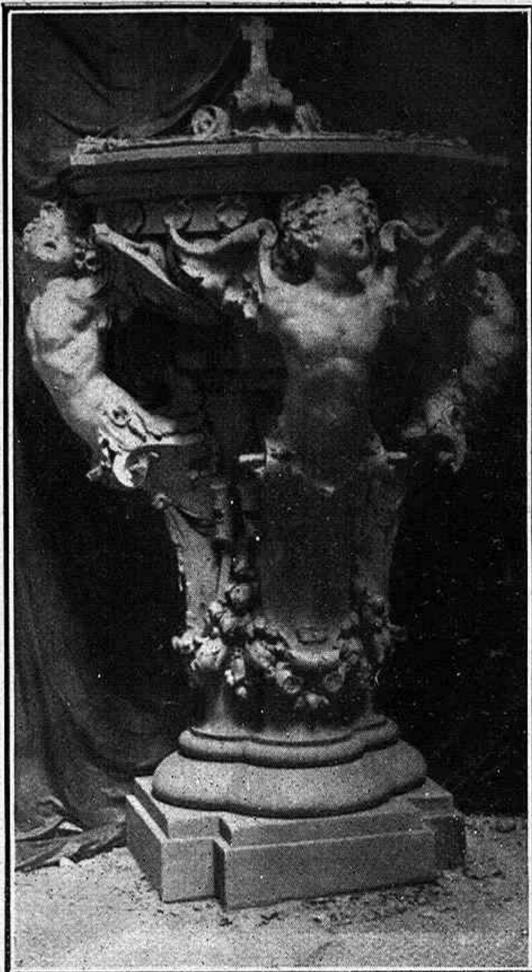
Uno de estos artistas dejados llevar por la vocativa inclinación decoradora, por el noble afán de colaborar en el esfuerzo mutuo para la democratización del arte que Eugenio Carrière exaltaba como cualidad afirmativa y primordial de todo creador de belleza, es Angel García.

Angel García nació en Madrid, y realizó su aprendizaje técnico en el estudio de Mariano Benlliure. Supo, pues, elegir bien el maestro, ya que Benlliure es, acaso, de los escultores españoles contemporáneos de los que más cuidó siempre de no negar su concurso á la actividad estética popular, y en quien además se dan excepcionales dotes de decorador.

Pronto se distinguió Angel García en los Certámenes nacionales. En plena adolescencia obtiene una recompensa el año 1888, en la Exposición Universal de Barcelona. Nuevamente es premiado en la Internacional de 1892 por un retrato del obispo de Oviedo, D. Ramón Vigil, y una estatua del Giotto. Y luego de obtener otras recompensas en las Exposiciones Generales de Madrid, los años 1895



«La fe notarial», escultura en mármol



Pila de agua bendita



«Minerva», escultura en mármol y piedra dorada

nico, equilibrado, que no le consiente alejarse de los cánones tradicionales; pero su fantasía se manifiesta lozana y atrayente.

Con aquel espíritu de sacrificio, de consciente responsabilidad humana que el gran pintor francés reconoce aconsejable al arte de nuestros días, el notable decorador madrileño interviene en monumentos, edificios públicos y en toda clase de ornamentación escultórica.

Tales, por ejemplo, sus detalles escultóricos en el Palacio de Comunicaciones; los caballos del puente sobre el Urumea, en San Sebastián; el grupo monumental con destino al Círculo de Bellas Artes de Madrid; la aportación artística al nuevo edificio del Colegio Notarial Matritense y el mausoleo de la condesa de la Vega del Pozo, etc.

Y, sin embargo, el nombre de Angel García suena menos de lo debido en los ecos artísticos

y 1897, es pensionado por el Estado en Roma.

Señala ese período de la carrera artística de Angel García una extraordinaria actividad y una predilección por el desnudo, en cuyo género realizó obras tan interesantes como las tituladas *Una bacante* y una *Danae*, expuestas en Roma el año 1902, y a *Otro Sol*, expuesta en Madrid el año 1906.

Pero a partir de esa fecha, sin desatender la escultura realista y el retrato, Angel García se consagra por entero a la escultura decorativa. Dotado de cultura clásica, tiene del arte un concepto armó-



Sepulcro de la excelentísima señora Condesa de la Vega del Pozo

(Fots. Cortés y García Díaz)

de hoy porque, si bien procura por su arte realizar aquella íntima fusión de sencillez y claridad expresiva con las muchas dumbres, permanece, por su vida de trabajo, apartado de los sitios donde se fragan los éxitos ecoicos.

¡Acaso esta sea una prueba más de fe en sí mismo, que no debe confundirse con la soberbia ni tampoco con la amargura, sino ver en ella el fervor modesto, la tensa firmeza de quien realiza su obra cotidianamente como un buen obrero de la inteligencia y de la tarea manual dichosamente coincidentes!

S. L.

# LONDRES INUNDADO, VISTO EN LA NOCHE

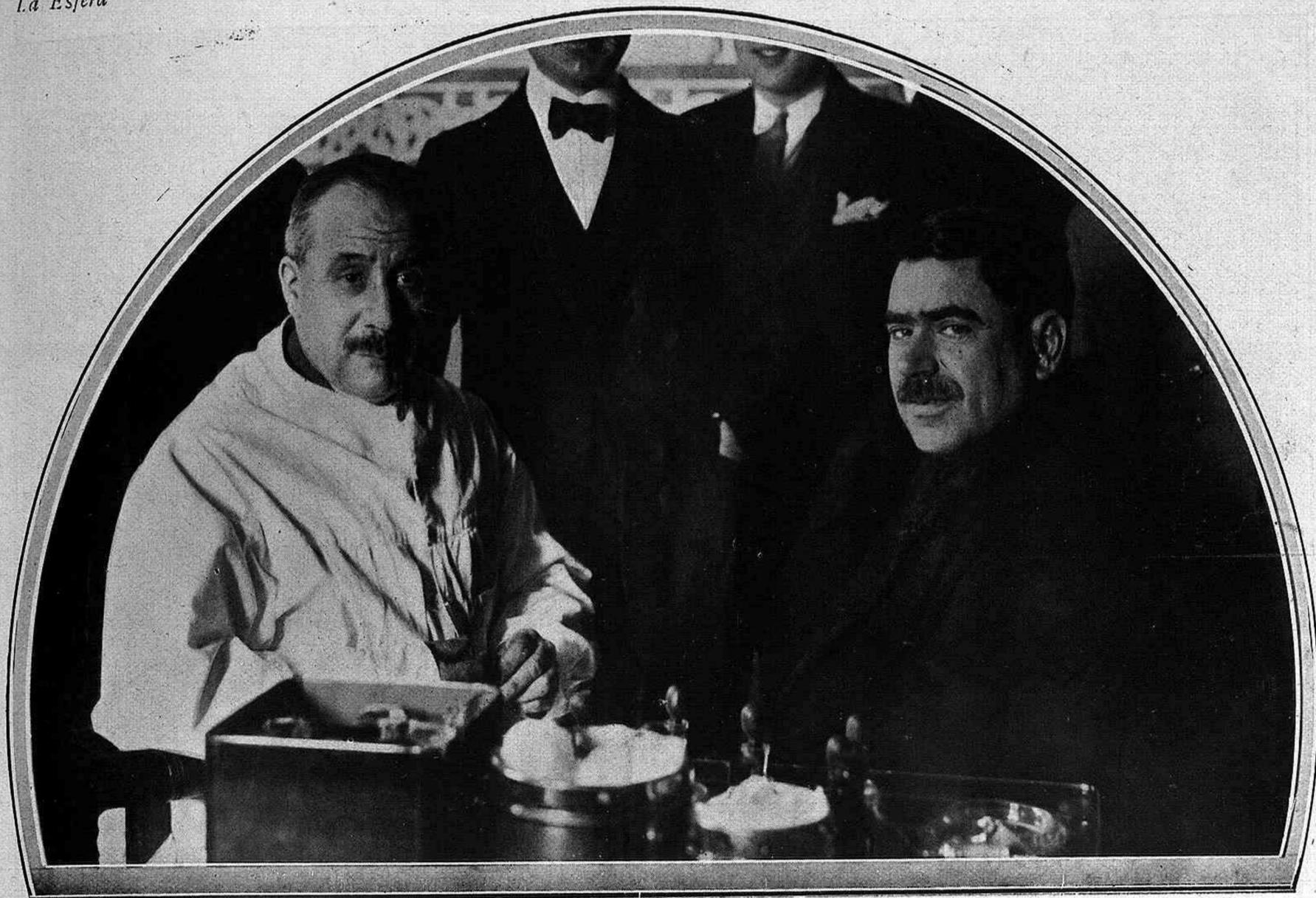


Fantástico aspecto que presentaba la parte de Londres comprendida entre la Aguja de Cleopatra y el Parlamento en la noche del día 7, al comenzar el desbordamiento del Támesis



Otro aspecto de la crecida del Támesis en la noche del 7, pudiendo apreciarse la subida al nivel de las aguas por la altura que ocupa el barco fondeado junto al muelle

(Fots. Agencia Gráfica)



El doctor Márquez curando á un enfermo en la consulta del Instituto Oftálmico

## EN EL INSTITUTO OFTÁLMICO

*La influencia que ejerce la agitación de la vida moderna en la disminución de la vista*

### LA PUPILA AGOTADA

UN jabardillo humano hierve en estas salas del Instituto Oftálmico. Mujerucas de pueblo con sus sayas de color, sus pañizuelos rojos ó amarillos y la bofiga de sus grandes moños, llevan en sus brazos á los chiquillos con sus caritas entrapajadas; patanes campesinos, garullos, mozos de labranza y de acarreo, de jeta recocida, pelos grifos y zamarra con codera, traen los ojos tapados con algodón; muchachas de barrio, de pelo corto y bullicioso, faldita á media pierna, clara media y zapatitos pequeños y limpios, aguardan en la hilera el instante de la cura. Y en medio del enjambre doliente, la mancha clara y blanca, como un ampo, del blusón del médico. La nítida caperuzita de la hermana de la Caridad se posa aquí y allá como mariposuela inquieta. El doctor Márquez se asoma á las pupilas enfermas, manchadas por las blancas telarañas ó ribeteadas de rojo, ó llenas de estrías rojizas. Es un mago prodigioso que lucha contra las sombras maléficas que empañan la retina y que la tapan como el vaho viscoso de un demonio.

Porque la luz no está fuera, ni en derredor de nosotros, sino allá en la galería profunda, misteriosa y escondida de un nervio ó un haz de células. Y cuando los días, los trabajos, la mugre ó los achaques, tratan de echar una cortina sobre nuestra visión, el doctor Márquez baja envuelto en la escafandra de su ciencia y la pupila agotada se enriquece de nuevo con el prodigio de todos los colores y de todos los matices. ¡Cómo no ver con un respeto sagrado á estos hombres! ¡Cómo no mirar con ternura á estas pobres gentes que se acercan temblorosas y llenas de esperanza á entregar el caudal empobrecido de sus pupilas bajo los ojos sabios del médico!

### EL DOCTOR MÁRQUEZ NO QUIERE INTERVIÚS

El reportero se abre camino entre el montón de gentes que aguardan en la clínica.

—¿El doctor Márquez?

El médico, que tiene entre sus dedos el párpado de un hombre de pueblo, me mira á los ojos.

—No soy un enfermo—respondo, adivinándolo—. Y añado entre dientes:—Soy periodista.

El doctor Márquez, llano, afable, con buenas palabras, llenas de cortesanía, rehuye mi información.

PERIODISTA.—He venido aquí porque sé que hacen ustedes una labor humanitaria y cristiana.

SEÑOR MÁRQUEZ.—Aquí, como en otros sitios, no hacemos más que cumplir con nuestro deber.

PERIODISTA.—Pues el deber mío es aventar á la calle los nombres de las instituciones ó personas que ponen su ciencia y sus conocimientos al servicio de la Humanidad.

SEÑOR MÁRQUEZ.—Con la mejor buena fe, usted exagera. Además, pueden creer los compañeros que uno busca el reclamo...

PERIODISTA.—Ya sé que hay en su profesión algunos, pocos, que la envilecen con sus anuncios en cuarta plana llamándose «gloriosos, ilustres y lumbreras científicas». Esos son los mercachifles que colocan su tenderete junto al templo. Y aunque engañan á los caribobos y papanatas y se atiborran de calderilla, en su misma conducta llevan el vilipendio.

EL SEÑOR MÁRQUEZ (*en gesto de súplica*).—Vamos á dejarlo. Retrate usted y hable de las muchachas guapas, de los conflictos de amor de las artistas y de otras cosas interesantes... Porque, ¿qué interés puedo tener yo?...

PERIODISTA (*atajándole, decidido*).—Es inútil, doctor. ¡Yo le hago á usted una interviú!

### LOS OJOS DE LA MUCHACHA Y LA TROVA DE GÓMEZ MANRIQUE

Nuestra pelea verbal la corta una joven esbelta, jarifa, de fino pergeño, de pelo negro brillante y de tez blanca. Unas negras ojeras guardan dos grandes pupilas que brillan misteriosas. La zagala sonríe al médico. El doctor Márquez pregunta:

—¿Cómo va?

—Muy bien.—Y añade, anhelante:—Diga usted, señor Márquez—dice, llevándose un dedo á la pupila—, estas manchitas rojas, ¿se quitarán?

—¡Ya lo creo!

Y mientras el médico otea el campo visual de la joven, yo recuerdo la trova del dulce poeta clásico Gómez Manrique:

«Dexadme mirar a quien  
me face mal  
e nunca me fizo bien  
nin comunal.  
Dexad fartar a mis ojos  
de mirar la fermosura  
que con tan poca mesura  
me causa tantos enojos;  
que morir a mi convien,  
si me non val  
la que nin me face bien  
nin comunal.»

—Esta muchacha—arguye el doctor Márquez—era estrábica. Vea usted ahora sus pupilas rectas y firmes.

—¡Ay, doctor! ¡Usted no sabe el daño que ha hecho! A estos ojos son los que los poetas llaman «asesinos», y con razón. Ahora esta zagalilla herirá y matará al que mire, sin que al cuitado pueda defenderlo ninguna cota ni coraza. ¡Ha cura-



Sala de espera de los enfermos que acuden á las consultas de los doctores Márquez y Catalina. Este último está á la izquierda viendo un enfermo

do usted dos ojos para cegar á millares de ellos! Porque...

«No puede ningún arnés defender al que miráis, pues que mirando matáis e ferís los que querés.»

LOS POBRES Y LOS RICOS QUE ACUDEN AL INSTITUTO. CIEN MIL ASISTENCIAS AL AÑO. CÓMO LA HUMANIDAD SE VA QUEDANDO MIOPE. URGE HACER HOSPITALES

El doctor Márquez, ante mi tenacidad, sonríe bonachón, se encoge de hombros, y me pregunta:

—Bueno; ¿qué quiere usted que yo le diga?

—Verá usted, doctor, yo traigo aquí unas preguntillas—digo, sacando el bloque de papel—. ¿Cuántas curaciones se hacen al año en el Instituto?

—Curaciones, ó sea enfermos *nuevos* en la consulta, ponga usted 10.000 en números redondos. Asistencias, calculando muy por lo bajo, diez por cada enfermo; unas cien mil al año.

—¿Y enfermos hospitalizados aquí?

—Ochocientos sesenta—le hablo á usted, naturalmente, del año 1927—. Estos enfermos, la mayoría de ellos lo son de cataratas.

—¿Y operaciones?

—Los operados—sin incluir las pequeñas operaciones de abrir un orzuelo, etcétera—, ascienden á mil setecientos setenta. Estas intervenciones han sido hechas por los cinco profesores.

—Diga usted, señor Márquez, ¿la agitación de la vida moderna influye en la pérdida ó disminución de la vista?

—¡Ya lo creo! La Aviación y los accidentes automovilistas dan un gran contingente de enfermos ó heridos, aunque, en general, estos dolientes acuden más á

las consultas privadas que al Instituto. Se nota un aumento creciente del número de míopes á consecuencia de la lectura en malas condiciones: mala luz, malos tipos de letra, etc. Y cada día abundan más los desprendimientos de la retina por la mala graduación de los lentes.

—¿Acude al Instituto mucha gente de los pueblos?

—Mucha—responde rápido el Sr. Márquez—. Bastantes pobres y algunos ricos que se disfrazan de pobres para darnos el pego. Y crea usted que no le digo esto en tono de queja por lo que

deje de percibir la clase médica al venir al tratamiento gratuito los pudientes. Es que estos adinerados, que podían ir á las clínicas particulares, nos obligan á nosotros á dedicarles un tiempo y un trabajo que hace falta para los *verdaderos necesitados*, que son los empleados modestos y los pobres obreros *tracomatosos* ó con úlceras de *espinazo*, consecutivas á *rijas* no cuidadas, á quienes no se pueden admitir por falta de camas. Urge hacer hospitales especiales para esta clase de enfermedades exclusivamente. ¡Crea usted, amigo mío—dice con fervor el doctor Márquez—que el Estado ó los filántropos que construyesen estos establecimientos harían una gran obra social!

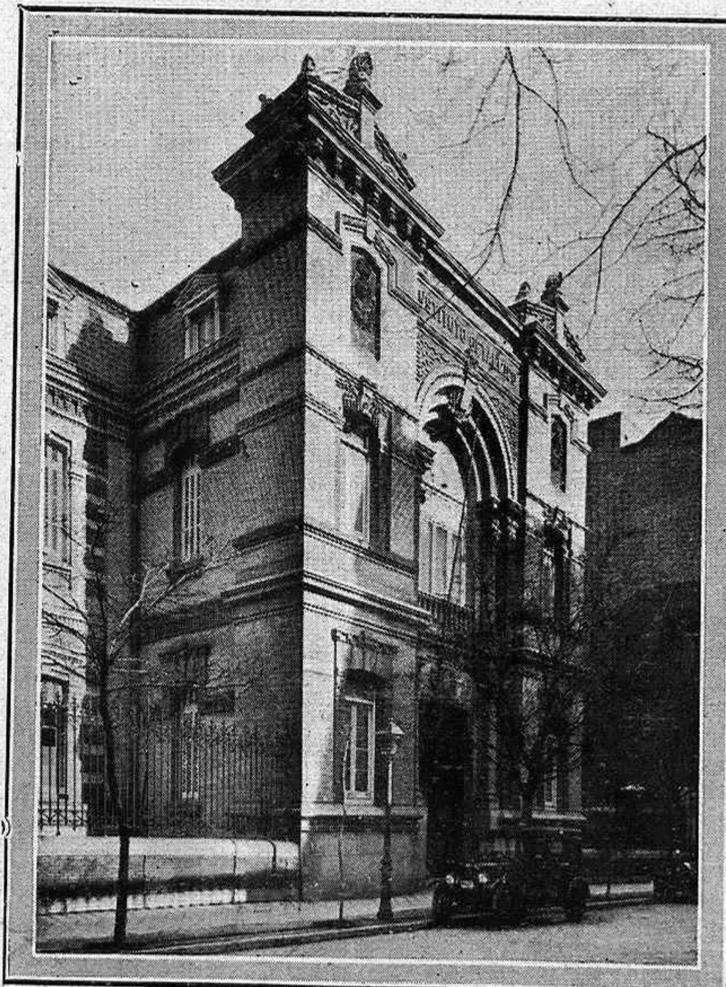
HOY SE «VE» MENOS QUE ANTES. LA HIGIENE OCULAR. EL CUIDADO QUE HAY QUE TENER CON LOS NIÑOS RECIÉN NACIDOS

—Doctor, ¿y la higiene ocular?...

—Se resume—dice, atajándome—en agua y limpieza; evitar el contacto de las manos (¡oh, esa manía de las presentaciones!); leer con vidrios bien elegidos por los oculistas, y no por los ópticos. Esto último es importantísimo. Contribuye á la pérdida gradual de la vista el polvo, el humo y la luz excesiva, aunque es peor aún la poca luz; y también es perjudicial la disposición del alumbrado en los teatros y demás sitios públicos, cuyos focos de luz, que deslumbran, no debieran verse.

—¿Y los niños?

—A los niños recién nacidos se les debe lavar bien los ojos, para evitar la te-



Fachada del Instituto Oftálmico

## La Esfera

rrible oftalmía purulenta, y si echan algo de secreción amarillenta, llevarlos en seguida al oculista, sin hacer caso de nadie que aconseje lo contrario.

—¿Se «ve» hoy menos que antes, doctor?

—El número de enfermos de los ojos es mayor cada día, si bien es cierto que algunas enfermedades disminuyen, como, por ejemplo, la oftalmía purulenta, por los mayores cuidados que se tiene hoy con las paridas; también se nota descenso en las manchas de la córnea por viruela, porque esta enfermedad es menos frecuente y menos grave hoy, gracias á la vacunación; y disminuye el tracoma mismo, que se va combatiendo cada día con más éxito.

LOS DOCTORES Y ALUMNOS DEL INSTITUTO Y LA JUNTA DE DAMAS. UN ADMIRABLE EJÉRCITO OFTALMOLÓGICO SANITARIO

—¿Cuántos doctores tiene el Instituto?

—Los hay de número y agregados. Los de número son cinco: doctores Castresana, Esteve, Cuevas, García del Mazo y yo. Cada uno de nosotros—arguye el Sr. Márquez—tiene sus salas y servicios autónomos, dirigidos por el médico respectivo. De los cinco médicos de número, uno de ellos es el jefe facultativo, actualmente nuestro distinguido compañero el doctor Castresana (padre), para los efectos oficiales y servicios generales del Establecimiento; pero dentro de cada clínica, como ya le he dicho, cada uno es el jefe de ella.

—He visto, doctor, que estaba usted rodeado de alumnos.

—Sí—responde rápido el Sr. Márquez—; yo soy catedrático de Oftalmología de la Universidad, y utilizo á la vez mis servicios del Instituto para la enseñanza, dada la escasez de camas que existe en el Hospital Clínico de la Facultad de Medicina. Los médicos agregados son los doctores Calvo, Castro, Basterra, Guijarro, Busto, Catalina, Ortego, Aguirre, y la señorita doctora Soriano, encargados de asistir á las clínicas y laboratorio. El doctor Castresana (hijo) está encargado del servicio especial de radiología, instalado recientemente.

Los médicos alumnos, en número de una veintena, aproximadamente, asisten al Instituto para especializarse y ayudar también en los ser-

vicios de consulta, y en casos de necesidad, en las operaciones. El administrador, D. Angel Morales, facilita la gestión de los médicos proveyéndoles de los elementos precisos, dentro del presupuesto consignado por el Estado.

—¿Es suficiente el presupuesto del Instituto?

—Hoy ya resulta escaso para sostener dignamente este Establecimiento á la altura que están los del Extranjero, pues si hasta ahora hemos estado bien provistos, la carestía considerable de los aparatos modernos y la necesidad de adquirir otros nuevos, que son necesarios, exigen un aumento en el presupuesto, si no queremos quedar retrasados.

Existe además en el Instituto una Junta de Damas, encargada de la alta inspección del Establecimiento. Esta Junta está presidida por S. A. R. la Infanta doña Isabel, y es su vicepresidenta la señora de La Cierva, y á ella pertenecen otras damas distinguidas. La labor de esta Junta facilita considerablemente la gestión técnica y administrativa del Instituto. Hay un capellán que atiende celosamente el servicio religioso de los enfermos, así como las abnegadas Hermanas de la Caridad, que cumplen á la vez con ellos su humanitaria labor auxiliando muy eficazmente el trabajo de los médicos.

El resto del personal: escribiente de la Comisaría, Sr. Martín; enfermeros y enfermeras y porteros, todos contribuyen con sus asistencias á completar el cuadro de este ejército oftalmológico sanitario.

El Sr. Márquez quiere dar por terminada su charla; pero yo le lanzo, implacable, otra pregunta.

LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO

—¿Quiere usted, ya que es tan amable, decirme algo de la fundación de este Instituto?

—El Instituto Oftálmico fué fundado por doña Victoria, esposa de D. Amadeo de Saboya, en 1872, siendo su primer director el doctor Delgado Jugo, al que sucedió el doctor Cervera, y luego el doctor Santa Cruz, último director que fué del Establecimiento, gracias al cual, y á don Nicolás de Acha, testamentario de D. Francisco de las Herrerías, que legó su fortuna á la Beneficencia, pudo erigirse el magnífico edificio que hoy ocupa el Instituto, que es, sin duda, uno de

los mejores del mundo; merecedor por esto, y por el prestigioso Cuerpo (y hablo ahora sólo de mis compañeros), que en él asiste á los enfermos, de que el Estado le tenga á la altura debida. En la planta baja hay dos salas de contagiosos; pero el número de camas destinadas á estos enfermos es insuficiente, por lo que se hace preciso, como le he dicho antes, la creación de nuevos hospitales para infecciosos oculares. Los niños dan un contingente considerable á la enfermería, sobre todo de manifestaciones escrofulosas y de tracoma.

«EN LA PRÁCTICA PROFESIONAL—DICE EL DOCTOR MÁRQUEZ—SE TIENE EL DEBER DE ACEPTAR TODOS LOS CASOS»

—Es enorme—insisto—la cantidad de operaciones que se realizan en el Instituto.

—Sí, señor. Como le he dicho antes, las operaciones que se practican por los profesores del Instituto son cerca de dos mil, la mayor parte de cataratas. En éstas se emplean todos los procedimientos que en cada caso están indicados, sin que pueda nadie decir hoy que haya ningún procedimiento especial ó ideal superior á los otros, pues todos tienen sus ventajas y sus inconvenientes. No es cierto tampoco que fuera de la gran habilidad operatoria que todo oculista, por el solo hecho de serlo, debe poseer, existan seres privilegiados que puedan hacer cosas que no hagan los demás. La habilidad especial, de residir en algún órgano, no sería en las manos, sino en el cerebro del que dirige la operación, para el manejo de los instrumentos. Ni cabe admitir tampoco la aprovechada clase profesional de los que pueden ser llamados *subespecialistas*, que, erigiéndose á sí mismos en operadores, quieren elegir la parte más productiva y, á la vez, la más fácil de la especialidad, dejando á otros las cuestiones arduas y difíciles. Los del Instituto Oftálmico, como todos los oculistas dignos de tal nombre, creen que, en la práctica profesional, se tiene el deber de aceptar todos los casos, lo mismo los fáciles que los difíciles, y solucionarlos todos. Lo contrario no es proceder con nobleza en la lucha profesional.

Con estas palabras finales, el ilustre doctor Márquez pone un magnífico broche á su charla.

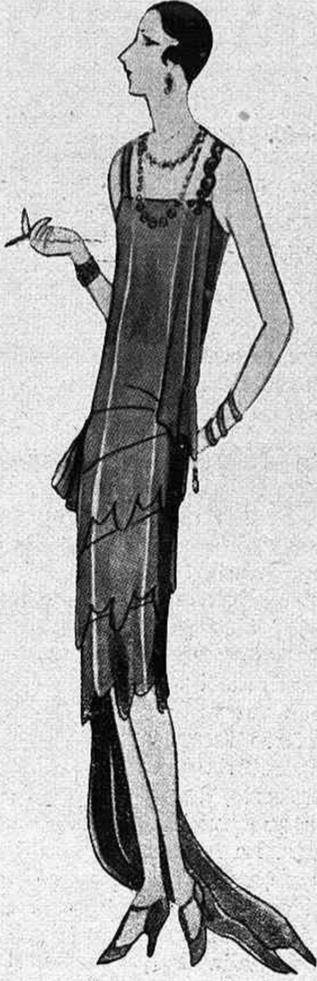
JULIO ROMANO



El doctor Márquez reconociendo á un enfermo en la consulta del Instituto Oftálmico, rodeado de médicos y alumnos que escuchan sus doctas explicaciones

(Información gráfica Cortés)

# Elegancias



Vestido de «crêpe georgette» azul pavo, con volantes festoneados

(Modelo Worth)



Vestido de «crêpe marocain», adornado con trenzillas

(Modelo Janine)



Sombrero de taupè beige rosa, guarnecido con cross del mismo tono

(Modelo Le Monnier)



Capa de seda negra, con cuello de «skung»

(Modelo Worth)



Vestido de «crêpe georgette», combinado con seda brochada

(Modelo Worth)

Qué cosa más encantadora es saber vestir bien á los niños, y qué difícil es conseguirlo plenamente! Sobre todo, cuando se trata de niños y niñas que ya han pasado de los ocho años, pues á partir de esta edad los modelos de unos y otras han de basarse en la tendencia deportiva; pero completamente distanciada ésta de la que constituye la moda de las personas mayores.

La vida de un niño adopta diversas fases en la moda; primero, su ajuar se compone de albas vestiduras, minuciosos trabajos de cosido á mano, de encajes, cintas, telas sutiles; más tarde, de trajecitos y gorras de seda, abriguitos de lana ó pieles de armiño; luego, si es varón, de pequeños *culottes* de terciopelo negro y blusa de seda blanca; si es hembra, de faldita y jersey, ó de vestiditos sumamente sencillos, pero muy caprichosos, bordados ó guarnecidos con motivos recortados, inspirados en temas muy infantiles y en colores muy luminosos. ¡Pero llegan los

ocho años! ¿Cómo vestir á nuestros hijos sin que éstos pierdan su infantilidad?

A los ocho años, los niños están en esa edad vaga, imprecisa, en que su desarrollo comienza á ser un hecho; ya no le van esos trajecitos tan cortos y tan airosos, y más propios de un bebé gordezuelo y diminuto; hay, pues, que acoger las tendencias deportivas que tan ancho campo nos ofrecen; pero esto hay que hacerlo con mucho tacto, para que nuestros hijos no ofrezcan la lamentable visión de hombres ó mujeres recortados.

La sencillez, pues, debe dominar siempre en todos los modelos, tanto de niña como de niño, confeccionando trajes prácticos y nada costosos.

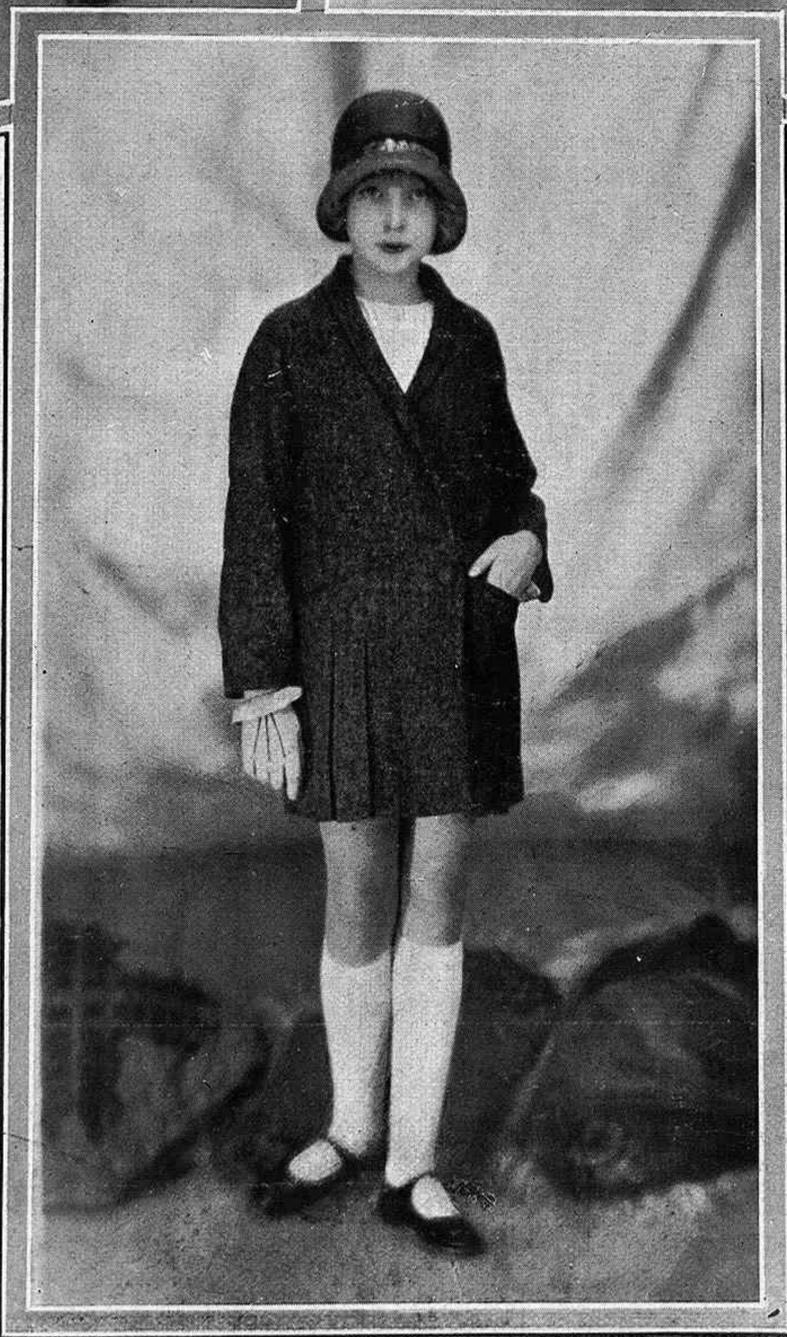
El modelo más apropiado para una niña de ocho á doce años es el de falda de franela inglesa azul marino, gris ó beige, y jersey del mismo tejido, guarnecido con cuello y cinturón de un tono opuesto. El clásico *sweater* es también una prenda muy adecuada para llevar sobre estas



Abriguito de lana azul pálido



Vestido de «crêpe georgette» blanco, bordado en azul



Abrigo de lana inglesa en tono marrón

falditas plisadas ó tab'cadas ampliamente. La fantasía se desborda libremente en los motivos que decoran estos *sweater* infantiles, hechos la inmensa mayoría á mano y con agujas sumamente finas.

Los abrigos de las niñas en nada se diferencian (á no ser porque se abotonan al lado izquierdo) de los *pardessus* de los niños. Se adoptan iguales tejidos ó idénticas formas, anchas solapas, grandes bolsillos, y en algunos modelos, trabilla ó un estrecho cinturón de la misma tela. Las lanas reversibles, de dos caras lisas ó cuadrículadas en un escocés muy obscuro, se llevan con furor, así como el terciopelo de lana, gamuza muy fuerte y *duvetina*.

Las bufandas de lanilla inglesa con amplios cuadros es indispensable para acompañar estas *toilettes* infantiles.

En cuanto al sombrero de las niñas, éstos son sumamente sencillos y elegantes, de fieltro muy *souple*, y la forma muy ceñida á las cabecitas. La inmensa mayoría de los modelos no tienen alas, y las que se adoptan son sumamente chiquitas y muy *cloches*. Los adornos son de cinta, ó un motivo de fieltro recortado inspirado en un tema infantil: una flor, por ejemplo, muy desdibujada, como tratada por la mano de un niño, ó un bicho exótico.

La vestimenta de un niño, en la tendencia deportiva, está constituida de la siguiente forma: pantalón de franela obscuro y jersey de lana con dibujos sencillos, ó, por el contrario, completamente lisos, de un tono gris, *beige* ó marino. Algunos modistos adoptan sobre el jersey unas americanas de corte sencillo, de tejido diferente al del pantalón; pero lo más *chic* es adoptar el jersey solamente, pues como



Trajecito de terciopelo azul, con corbata de seda blanca



Vestido de «crêpe georgette» con volantes fruncidos



Vestido de «kasha» bordado con tren-cillas

éste puede ser de mucho abrigo, para nada precisa añadir la chaquetita.

Algunos modelos de jersey para niño son de color blanco rayados en gris, negro ó marino; son muy lindos estos *sweater*, pero poco prácticos, pues lo blanco se mancha á cada paso; sin embargo, en el guardarropa de un niño cuyos padres se precien de elegantes, no debe de faltar una de estas prendas, que pueden utilizarse para asistir á cualquier fiesta infantil.

Los trajecitos de más vestir, tanto en los niños como en las niñas, se prestan á mayores combinaciones de fantasía y buen gusto. Por ejemplo, un niño está elegantemente vestido con un traje de corte sobrio y de tejido de terciopelo de color marino ó negro. La camisa de seda blanca destaca con una albura deslumbradora sobre el fondo obscuro del traje, y si el muchacho es guapo, el conjunto no puede ser más grato para la vista. Las

niñas se prestan más, por sus líneas suaves y armoniosas, á un buen conjunto de *toilette*. Además, las telas que se emplean para sus trajecitos son aliados importantísimos para lograr un aspecto delicioso en las delicadas y frágiles siluetas.

Plisados, jaretitas casi invisibles por lo menudas; nidos de abejas, cintas, pliegues, encajes; encantadores trabajos de lencería; todo esto tan bello, tan fino, presta su concurso á las diminutas creaciones de nuestros pequeños.

Los colores pálidos son los preferidos para los trajecitos de que hablamos. Rosa-lila, rosa-fresa, rosa-carne, limón, malva, verde almendra, azul océano, azul turquesa, azul celeste, blanco... Y de los tejidos, la seda, el crespón, el terciopelo, la lana.

ANGELITA NARDI